

«Me quedé en silencio asustada de lo que pudiera pensar. Pero ella introdujo la mano en su casaca de *jean* y me ofreció un cigarro. Cuando lo acepté, entendí que ella podía convencerme de cualquier cosa».

Macarena es una niña, pero en realidad no sabe quién es. Puede ser la alumna insegura que inicia el colegio en busca de aceptación, la hija de padres separados que no sabe comportarse en el almuerzo dominical, la hermana de un chico que posee los mismos problemas que ella para procesar los problemas domésticos, la joven que no conoce los pasos del baile de moda en las primeras fiestas, la enamorada que no sabe bien cómo ni cuándo besar, o la adolescente que, al descubrir el juego de lealtades y traiciones con sus amigas, cree que el amor consiste en reconocerse en el espejo de otro.

A través de diez cuentos que pueden leerse como una novela fragmentada, *¿Qué tengo de malo?* se ocupa con delicadeza de la violencia emocional que conlleva todo cambio, toda transformación. María José Caro explora esas grietas, con palabras y símbolos, las convierte en arqueología íntima.



María José Caro

¿Qué tengo de malo?

ePub r1.0

Titivillus 29.06.2019

Título original: ¿Qué tengo de malo?

María José Caro, 2017

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



A mi mamá

A Juan Carlos

A Fernanda, en el futuro

One had to build shelters. One had to make pockets and live inside them .

LORRIE MOORE

Los relatos *A mitad de la noche*, *Charcos*, *Zancos*, *Pasajeros* y *Fiesta* pertenecen al libro *La primaria* publicado en 2012.

Árbol de Navidad

En mis recuerdos, el árbol siempre es distinto. A veces es un ficus tupido que se sostiene del techo del auto como pino navideño en una película. Otras veces se trata de un tronco escuálido de hojas amarillentas resbalándose por el parabrisas. Lo que nunca cambia es el auto: un Toyota gris de dos puertas que según mi padre se importaba a pedido desde Japón. Tampoco cambia la expresión de mi madre al verlo bajar del vehículo con la camisa a medio abotonar, los ojos desorbitados y el pantalón sucio. La recuerdo revisando el capó, los parachoques y después pateando la puerta del copiloto, mientras mi padre se tambaleaba hasta a la casa. Me veo siguiéndolos, vestida con aquel pijama de Gasparín que había deformado de tanto jalar hacia abajo. Tal vez intentando convertirme yo misma en un fantasma.

—¿Compraste cuetes? —preguntó Sergio mientras bajaba las escaleras.

Mi padre no respondió. Encendió la radio y subió el volumen. Mamá se le acercó pidiendo explicaciones; tenía el ceño fruncido, las llaves en alto y una pequeña rama entre los dedos. Él ni la miró. Empezó a cantar la canción de Camilo Sesto que salía del equipo de música. Mi madre le lanzó las llaves contra el abdomen y se dio media vuelta. Entonces, Sergio se aproximó a mi padre y lo jaló de la camisa. Le preguntó una y otra vez si había comprado cuetes. Papá lo miró fijamente y lo cogió del brazo.

—¿Qué más quieren de mí? ¡Ya no tengo nada! —le gritó.

Sergio intentó zafarse, pero mi padre presionaba su muñeca como si aplicara un torniquete. Los ojos de mi hermano se llenaron de lágrimas.

—¿Qué más quieren de mí? ¡Ya no tengo nada! —volvió a gritar.

—¡Ricardo, suéltalo! —explotó mi madre. Después se acercó a él y le dobló los dedos hasta que liberó a mi hermano.

Sergio corrió hacia las escaleras sin mirarme. Papá alzó los hombros, cambió la canción de la radio y se desparramó en una silla. Mi madre me tomó de la mano y subimos a mi habitación. Sus palmas temblaban. Cerró la puerta, abrió los cajones de la cómoda y rebuscó desesperada entre las prendas. «¿Y tanta ropa vieja, desteñida? Ya le había dicho a Ruth que la tire. Ponte esto», dijo y me entregó un conjunto morado. Luego abandonó mi cuarto. Cuando se fue no supe qué hacer. Solo atiné a colocarme la ropa por encima del pijama y esperé inmóvil al borde de mi cama.

Bajamos al primer piso de la casa intentando no hacer ruido, seguros de que al vernos mi padre diría algo, pero encontramos solamente su cascarón. Era un avatar de ojos entrecerrados y sonrisa chueca meciéndose al compás de Nino Bravo. «Siempre malogras todo», gritó Sergio, y corrió hacia la cochera. Mi padre intentó levantarse de la silla

ayudándose con el respaldar, la madera crujió y cedió de inmediato. Nos fuimos de casa cuando su cuerpo golpeó el piso.

Fue sencillo reconocer el hotel. En las telenovelas utilizaban su fachada como una toma de apoyo para demostrar que Lima se modernizaba de a pocos. Eran tomas aéreas breves, centradas en el flujo de autos de la avenida Paseo de la República. Al llegar al *lobby*, mamá solicitó una habitación alejada de la fiesta. La joven del mostrador nos asignó una en el piso diez y, junto a la llave, ofreció una bolsita que contenía pica pica y guirnaldas. En mis recuerdos de aquella noche permanezco muda. Sergio toma un folleto del mostrador. «Tienen piscina», dice con los ojos muy abiertos. De pronto, ya no le interesaban los fuegos artificiales. En el *hall* nos topamos con una mujer de antifaz y sombrero amarillo que vomitaba sobre el piso de mármol. Mi madre apuró el paso hasta el ascensor. «No pasa nada, hija», soltó. En ese momento pensé en mi padre. Cada vez que teníamos un elevador en frente, él me acompañaba por las escaleras. De día, era un hombre atlético que podía subir siete pisos sin dar señales de cansancio. Pero de noche se volvía otro, el cuerpo encorvado, sostenido de la baranda de las escaleras, calibrando cada paso hasta llegar a la habitación para desplomarse sobre la cama y convertirse en un muñeco de ronquidos automáticos. Cerré los ojos ni bien ingresamos en el ascensor, concentrándome en la campanilla que repicaba cada vez que las puertas se abrían. «Es aquí», dijo mi madre cuando llegamos. Mi hermano fue el primero en salir. Yo nunca me había quedado en un hotel como ese. Los pasadizos alfombrados eran a su vez miradores hacia el *hall* del primer piso. Sergio se empinó y recostó el cuerpo sobre el muro de cemento que lo separaba de una caída mortal. Mi madre lo jaló bruscamente y lo obligó a caminar del lado de la pared. No nos soltó hasta que nos detuvimos frente a la puerta 1001. La habitación era amplia. Una cama queen y un televisor con servicio de cable que mi hermano encendió de inmediato. También tenía un largo escritorio que sostenía una guía telefónica y un cuadernillo de hojas blancas membretadas. Mamá se acercó a la ventana y describió las cortinas. Nuestro cuarto daba a la piscina que, desde las alturas, era un rectángulo perfecto, oscuro e inalterable. De rato en rato, el cielo se iluminaba por los cuetes que reventaban en el Centro. Eran explosiones persistentes, destellos que encendían el cielo durante unos segundos. Mi padre prendía castillos que compraba en la avenida Aviación. Nos explicaba el recorrido de la mecha. Decía que debía existir armonía, que se trataba de hacer bailar a las luces con pólvora. Mi hermano y yo lo observábamos desde la terraza que daba al jardín. Papá encendía los castillos, se secaba el sudor y permanecía al pie del cañón hasta que se extinguiera la última luz. Tomé las hojas en blanco y me dediqué a pintarrajearlas mientras Sergio navegaba por los canales de cable.

—No vayan a salir. Regreso en diez minutos —amenazó mi madre.

—Te apuesto que el tío Mario está en la casa —me dijo Sergio en voz baja.

Ignoré sus palabras y cerré los ojos. Tío Mario aparecía en cualquier celebración familiar, aunque fuese solamente un amigo de mi padre. Se peinaba con el pelo hacia delante para disimular unas entradas cada vez más profundas. Era el último en irse de casa a pesar de las indirectas de mamá. La única vez que vi llorar a mi padre fue junto a tío Mario. Había bajado a la cocina por un vaso de agua y terminé espiándolos al pie de la escalera. Mi padre tenía los ojos hinchados y la camisa salpicada de alcohol. «Estamos jodidos, compadre. ¿Qué vamos hacer?», decía presionándose las sienes. Alzó la mirada en mi dirección y luego la devolvió al cenicero que tenía en frente sin decir nada. Su llanto contenido se convirtió en descontrolado. Tal vez mi presencia había sido un detonante. Tal vez nos recordó a los cuatro juntos en un día feliz y cada uno de nosotros se volvió un sollozo en la composición de su llanto. Subí corriendo a mi cuarto y me escondí entre las sábanas hasta que mis lágrimas se convirtieron en una prolongación inevitable de las suyas.

Mamá volvió a la habitación con una bolsa colgada del antebrazo. Contenía polos y algunos *snacks* que había comprado en la tienda del hotel. Me quité la parte de arriba del conjunto y el fantasma hizo su aparición. Aun así, mi madre insistió en que usara de pijama la camiseta estampada que extendió sobre la cama. Me negué con todas mis fuerzas, abrazándome a mí misma y al fantasma de boca abierta y ojos alargados dibujado sobre mi pecho. Sergio se colocó un polo que le llegaba hasta las rodillas. Me recosté junto a él mientras mi madre retiraba *snacks* y gaseosas de la bolsa. Después de entregarnos la comida, cogió el teléfono y se alejó lo más que pudo, tensando el cable del auricular. Supe que llamaba a casa por la manera en que apretaba los dientes y se tocaba la nariz. Marcó varias veces. Al quinto intento se rindió y se acercó a la ventana.

—Sergio, Macarena, vengan. Faltan cinco minutos para las doce.

Apoyé la frente sobre el vidrio hasta hacer desaparecer mi reflejo. Concentré mi mirada en el mundo silencioso y fugaz que sucedía al ras del piso. Me inventé a mi padre dentro de aquella jauría de autos minúsculos que cruzaban la avenida a toda velocidad. Lo imaginé preguntando por su familia al llegar al *lobby*, corriendo por las escaleras hasta el piso diez, girando el pomo de la puerta segundos antes de las doce. Imaginé sus disculpas, los gritos de mi madre justo antes de regresar a casa en ese estado de paz irreconciliable que se alcanza cuando cesan las lágrimas. Pero recibimos las doce contemplando el espectáculo prestado de las familias del otro lado del vidrio. Nos abrazamos por obligación. En cuestión de segundos, Sergio se desplomó entre las sábanas. Me acomodé al medio de la cama mientras mamá apagaba las luces. Cuando se recostó junto a mí, empecé a jugar con su pelo negro. Aquel ritual era nuestra canción de cuna. Enroscaba mis dedos en su cabello y formaba círculos que me hipnotizaban de a pocos. «Un ratito, hija», susurró levantándose del colchón. Revisó la cartera y sacó una cajetilla de Winston que escondió de inmediato en su pantalón. Se exilió en el baño arrastrando los pies.

Cuando volví, yo seguía despierta. Mi madre se acostó en la cama con cuidado. Me amoldé a su cuerpo, abracé su cintura y respiré esa mezcla de tabaco y agua de colonia que se había convertido en su fragancia personal. Entonces fue ella quien tomó mi cabello y empezó a jugar. Sentí cómo sus caricias se espaciaban y cómo sus dedos soltaban mi pelo de a pocos. Mamá se quedó dormida primero. Yo la seguí, entrecerrando los ojos, perdiéndome en esa respiración honda y pesada, mientras algunas luces de fuera rebotaban fugaces contra nuestra ventana.

Dejamos el hotel por la mañana, cuando todavía quedaban algunos borrachos tambaleándose por las pistas y cierto olor a pólvora en el aire. Mamá eligió una ruta sinsentido. Tomó jirón Lampa y nos adentramos por el centro de Lima, hasta llegar a la Plaza de Armas. Desde la ventana del auto Sergio identificó restos de rata blancas y tronadores al pie de algunas bancas ennegrecidas en medio de la plaza.

—Antes de ir a la casa... ¿quieren parar en algún lado? —preguntó mamá desde el retrovisor.

Negué con la cabeza. Sergio pidió ir donde los abuelos, así que enrumbamos hacia su departamento en Miraflores. Al llegar al edificio, mi madre fue la única que bajó del auto. Se acercó al intercomunicador y en cuestión de minutos estaba de vuelta con nosotros. Nunca le pregunté si tocó el timbre. Probablemente se trataba de una pantomima para que Sergio se callara. Mi abuela no sabía mentir. Había ocultado la fotografía de boda de mis padres detrás de un florero para no tener que observarla. Tal vez se sentía cómplice del plan fallido en que nos habíamos convertido. Al final, ella también era un personaje sonriente de la foto, un testigo que no logró identificar las señales. Mamá encendió el auto y sintonizó una estación de noticias. Era la mejor manera de mantenernos en silencio, aunque su atención estuviera en otro lugar.

En mis recuerdos, mi padre siempre cambia de posición. A veces me digo que lo encontramos desparramado sobre el sofá de la sala. Otras veces, sentado en la alfombra junto a los restos de la silla rota. Lo que se mantiene fijo es su rostro, la boca abierta y los ojos completamente cerrados. El castillo intacto junto al árbol de Navidad. Dice mi hermano que lo prendimos la noche siguiente. Trato de imaginarlo: un castillo solitario que ilumina la calle entera.

A mitad de la noche

Cuando se fue dejó un perro como regalo de despedida. Mi madre quiso deshacerse de él, pero no lo logró. Mi padre había atacado por un flanco vulnerable; sabía que a mamá le encantaban los animales y que más allá de los gritos, ese perro jamás cruzaría la puerta de la casa sin correa. Sergio y yo le construimos una casa con cajas de cartón, a pesar de que Mota siempre prefirió la calidez de la alfombra. Se colocaba patas arriba y mi hermano le pintaba el símbolo de Universitario con resaltador rojo. Mi trabajo consistía en sostener las patas de nuestro perro para que el tatuaje quedase perfecto. Sergio lograba convencerme de cualquier cosa. De jugar fútbol, de hacer huelgas de hambre, de lanzar globos de agua a las empleadas de los vecinos. Sin embargo, yo nunca pude persuadirlo de jugar a las muñecas sin que hubiera un atentado terrorista de los GI Joe.

Mi madre llegaba tarde de la oficina y siempre traía dulces en la cartera. Yo la llamaba por teléfono al regresar de clases: Mamá, cómprame algo. «Macarena, hay galletas en la cocina», refunfuñaba, pero igual compraba chocolates. Se sentía culpable y no sabía cómo manejarlo. Lloraba y otras veces nos gritaba sin razón. Su angustia era tan profunda que se le pelaban las manos, se abrían llagas que permitían ver otras capas de piel, como buscando llegar al centro de su dolor. Muchas veces mi abuela trató de explicarme por qué sus manos se ponían así. Nunca llegué a entenderlo del todo, solo comprendía que tenía que ver con mi papá, el hígado y la pena. Cuando mi madre regresaba del trabajo se acercaba a mi dormitorio, me daba un beso en la frente y revisaba mi agenda de tareas. Después se acercaba al cuarto de Sergio y le revisaba los cuadernos. En cuestión de minutos, volvía a mi habitación. Se asomaba sonriente porque en el universo de los padres, las buenas notas significan buenas vidas. Son un indicador de normalidad. Después se echaba a mi lado y veíamos una telenovela hasta que el sueño me vencía. A la mitad de la noche me despertaba. A pesar de las cucharadas de agua de azahar, me despertaba. Abría los ojos y huía al cuarto de mi madre. Corría porque tenía miedo de que algo sucediera. Huía porque la noche es el inicio de grandes cambios.

Las fugas a la habitación de mi madre culminaron en visitas a la psicóloga. En un consultorio lleno de juguetes me obligaba a ver manchas, me pedía que le cuente historias y que dibuje a mi familia. Utilizaba conmigo técnicas que hoy sé de memoria. Fallé de todas las maneras posibles. Dibujé a mi padre redondo y suspendido en el aire, el trazo de mi madre era un crisol de borrones, Sergio ocupaba la mitad de la página y Mota se encontraba entre mi padre y mi madre, ladrando. «Macarena, ahora es momento de conversar, háblame de tu papá, tu mamá y Sergio». Le conté que mi padre era presidente de un país de África, que Sergio era futbolista profesional, que mi mamá me llevaba los fines de semana a Disney. Debí sospechar que en las conversaciones de amigos ninguno tenía una libreta de notas; mentía a cualquiera que no pudiera descubrir la verdad, mentía en la movilidad escolar y lo hacía el día entero en el colegio.

En diciembre nuestra ilusión se rompió como se quiebra un collar de perlas. Los tres supimos que nunca seríamos los de antes, porque simplemente las perlas nunca estarían en el mismo orden. Aquel día regresé del colegio y el auto de mamá estaba ya en el garaje. Sentí los ruidos casi imperceptibles que ocurren dentro de un motor al apagarse. Eran las cuatro de la tarde y ella nunca llegaba antes de las ocho de la noche. Algo había sucedido. Escuché el sonido de sus tacos contra la madera de la escalera. Eran pasos firmes, como los de un asesino en una película. La oí tocar la puerta del dormitorio de mi hermano y gritar: «¡Sergio, abre la puerta!». Un momento de silencio. «Te estoy diciendo que abras la puerta. Ábrela o va a ser peor». Subí a mi cuarto corriendo y no volteé, tratando de ignorar lo que sucedía en el cuarto contiguo. Me encerré e intenté sumergirme en el mundo de mis juguetes, pero los gritos se colaban por la pared. Ruth entró a mi habitación y me obligó a enfrentarlos. «Macarena, ¿qué ha dicho tu mamá sobre cerrar la puerta?». Y la volvió a abrir, creando un canal perfecto para que viajaran sus voces. «Has jalado cinco cursos. Has faltado a clases... Encima has tenido la raza de inventarte notas para engañarme». Sergio no respondía y mi madre empezó a hablar para sí misma. Le preguntó a Dios si acaso era una mala madre, si nuestra vida se compondría, si Sergio dejaría de ser un malcriado. Solté el peluche que tenía entre las manos y me dirigí al cuarto de mi hermano, pensé que con las palabras correctas las perlas volverían a ordenarse. Ambos estaban sentados sobre la cama de Sergio: él miraba un póster de Gabriel Batistuta y ella sus manos.

—¡Mamá, Sergio nunca ha faltado al colegio, yo lo veo subir a la movilidad! —grité.

—¡Por favor, Macarena, deja de mentir o vas a tener que ir por más horas a la psicóloga! ¡No puedes mentir de esa manera! —respondió presionando el puño.

Sergio se levantó de la cama y se convirtió en mi escudo. Dijo que era verdad, que no tenía ganas de estudiar y se sacaba cero. Que algunos días no iba al colegio, que a veces iba al estadio de la U a ver los entrenamientos y otras veces simplemente paseaba por la calle. Incluso había ido a la fábrica de mi papá a observar cómo se llevaban las máquinas en camiones. «Sergio, vas a tener que repetir el año». Mi hermano no respondió y ella se levantó de la cama. Se fue en silencio porque las conversaciones cruciales sucedían dentro de nosotros. Dejó la habitación y se encerró en la suya. Permanecí con Sergio, que empezó a empacar ropa en un maletín. Le pregunté adónde iba. Me dijo que no sabía. Le grité que yo iría con él. Su respuesta fue no; sin embargo, guardé un par de polos en mi mochila, tomé la cadena de paseo de Mota y aparecí de regreso en su cuarto. «Tú no vas a ningún sitio, te tienes que quedar con mi mamá». Le rogué para que me dejara ir, pero él no cedió. Cerró su maletín, miró el póster de Batistuta como buscando aprobación y se largó.

Mota dormía al filo de la escalera. Estaba echado patas arriba, sin percatarse de que cuando abriera los ojos su vida habría cambiado. Lo levanté del suelo y bajé las escaleras persiguiendo a mi hermano, quien me observaba de reojo haciendo señales para que no lo alcanzara. Escuchamos que mi madre discutía por teléfono. «¿Cómo no te diste cuenta de que Sergio iba a la fábrica? Eres increíble. No reconoces ni a tu hijo. ¡Que les hayas regalado un perro no quitará el daño!». Sergio aceleró el paso y llegó a la puerta principal. Yo iba varios metros por detrás. Se me hacía difícil cargar con mi propio peso, el de la mochila y el de un poodle. Cada pisada suponía un desequilibrio, una posibilidad de acabar estampados contra el suelo. Mota lo sentía y se aferraba con las uñas a mi ropa para no resbalarse. Sin embargo, estaba decidido. Ya no habría marcha atrás. Me iría con Sergio, porque sin él no tendría con quién jugar. Y también vendría Mota, porque sin mí no tendría con quién jugar. Observé a Sergio cruzar la puerta de salida a la calle y cuando pensé que quedaría huérfana de hermano, lo observé regresar. Me quitó al perro de los brazos y sin decir una palabra, le colocó la cadena de paseo alrededor del cuello.

Nuestro perro nunca salía, y para él, la calle se volvió un gran territorio con límites por trazar. Orinaba en cada árbol, en cada llanta. Se acercaba a los portones de otras familias y gruñía a los perros que estaban dentro. Paró frente a un descampado y se echó a ladrar, cantándole al mundo que era un animal libre, pero escuchamos un gruñido distinto al de un perro doméstico. Un perro chusco apareció desde detrás de un bloque de ladrillos y avanzó en nuestra dirección. Tenía el lomo crispado y lleno de sarna. Sergio se plantó delante de mí: «Quieto, Mota. Macarena, no te muevas. Es peor si te mueves». El animal se acercó a Mota y mostró los colmillos. Lo olfateó desde el hocico hasta la cola e hizo lo mismo con nuestros zapatos. Luego se retiró. Éramos una presa demasiado fácil. Estábamos exhaustos y asustados. Quizá desde ese momento Sergio supo lo que iba a suceder, quizá lo supo desde que regresó por mí. «Vamos al parque a descansar», ordenó.

Dos calles más abajo nos sentamos en una banca a observar a la gente. Sergio abrió su maletín y sacó un cómic. «Para que lo leas en vez de andar leyendo esa tontería de los ponis que te compró la abuela». Es difícil ser hermana menor, el mayor siempre cree que tiene la obligación moral de heredarte sus «buenos gustos». Observé de reojo y noté que mi hermano se secaba los ojos con la manga de su chompa. «Ahora qué voy a hacer. No voy a tener amigos en el colegio», dijo. Traté de animarlo y me mandó a callar. Sergio observaba algo del otro lado de la pista. Sostenía la mirada como buscando consuelo. Me aburrí del cómic y me quedé dormida con la cabeza apoyada en su hombro y con la cadena de Mota amarrada a mi mochila. Mota también dormía, agotado por su encuentro con el perro salvaje. Tal vez fue cuestión de minutos, tal vez de horas. Cuando abrí los ojos el mundo era distinto. Nos cubría la noche y el parque estaba oscuro. Sin embargo, en medio del caos algo subsistía. Mi hermano seguía allí, con la mirada fija. Camuflado en la penumbra, nos esperaba un auto del otro lado de la calle. Se trataba del

Lada rojo de mamá y tenía las luces encendidas. Llevaba largo rato detenido allí. Mi madre no fue a buscarnos, simplemente esperó del otro lado de la pista a que estuviéramos listos para volver. Aguardó con las manos sujetas en el timón, el regreso de esos dos pedazos suyos que se desmoronaban en una fría banca.

Charcos

No tenía amigas en el colegio. Las niñas me observaban desde lejos y murmuraban acerca de mí como si conocieran hasta mi ADN. Los viernes, las monjas nos permitían ir a clases sin uniforme, se trataba de una regla generalizada para primaria. Solo debíamos llevar puesto un mandil verde a cuadros que usábamos para protegernos de los accidentes de plumón y témpera. Y debajo, cualquier prenda. Era mi día favorito porque luego de clases iba a casa de mis abuelos y después de almorzar veíamos dibujos animados y *Our House*. Aquel viernes Ruth me ayudó a vestir. Elegí un *jean* azul, correa marrón y un polo de ALF para hacer juego con el muñeco que insistí en llevar al colegio. Al llegar al salón, Camila Bravo se acercó a saludarme. Vestía pantalón y zapatillas rosadas y tenía los ojos clavados en mi juguete. Ella era la niña más popular de la clase porque hacía gimnasia y daba volantines y aspas de molino como si fuera de goma. Tenía un séquito y eso que apenas estábamos en segundo grado.

—Qué bonito. ¿Me lo prestas? —preguntó estirando los brazos y quitándome el muñeco de las manos—. En el recreo puedes venir con nosotras. Vamos a saltar la liga y cuando a alguien le toque descansar puede jugar con tu ALF.

Las horas que me separaban del recreo las pasé feliz pensando que si Camila me aceptaba en su grupo dejaría de ser la mentirosa de la clase. Mientras la profesora explicaba las reglas de puntuación, yo imaginaba que por fin tendría amigas, que me invitarían a sus casas y que yo las llevaría al departamento de mi padre, a la casa de mi madre y al jardín trasero de mis abuelos. En la pizarra, los puntos y las comas se rebelaron ante las palabras y trazaron una cara sonriente. Las loncheras apiladas en el rincón del aula, se volvieron futuros pícnicos en el jardín del colegio y las niñas sentadas en sillas de madera vieja, se suspendían en el aire sobre las «sillas voladoras» que pediría para mi fiesta de cumpleaños. Aquel día, mi nerviosismo estaba acompasado por una marcha de victoria. Aprendería a dar volantines y saltos mortales. Ya no sería como aquel niño solitario que se llevaron los globos en esa vieja canción que cantaba mi padre.

Cuando sonó el timbre del recreo, Camila se acercó a mi carpeta, tomó el muñeco entre sus brazos y salimos al patio. Nos colocamos al lado de los columpios mientras las demás niñas la escuchaban como si fuera el mesías. El juego me divertía porque solo debíamos brincar y cantar. En el nivel uno, la liga se sostenía de los tobillos; en el nivel cinco, del cuello. Yo solamente quería dilatar el momento. Estirarlo a su máxima expresión, porque detrás de mis fantasías tenía miedo de ser un accesorio del juguete. Entre salto y salto, una incomodidad crecía en mi abdomen. Era mi vejiga que se inflaba como globo de carnaval. No le di importancia y seguí saltando hasta que sonó el timbre. Reía junto a las demás sobre lo divertido que había sido el juego, y cuando estuvimos dentro del salón, ya me había olvidado de ALF y las ganas de ir al baño se habían adormecido. Crucé el aula y llegué a mi carpeta. Al sentarme noté que mi vientre se había hinchado aún más y que no aguantaría ni

diez minutos en ese estado. Me tocaba rogar. Caminé hacia el frente de la clase observando el suelo y el chispeado de sus mayólicas que simulaban ser piedra.

—Miss , ¿puedo ir al baño?

Antes de responderme la profesora observó a su auditorio y dijo:

—Niñas, saben muy bien que deben ir al baño durante el recreo. Ya no están en kínder.

Luego me miró a los ojos:

—Macarena, puedes ir, pero que sea la última vez, y apúrate porque si no, no entenderás la clase.

Salí del aula y me eché a correr. Lo hice tan rápido que mis piernas casi no tocaron el suelo. Cuando llegué al baño y cerré la puerta, mi desesperación aumentó. Intenté desabrocharme la correa, pero no lo logré. No podía zafarme. Ruth la había ajustado demasiado y no podía soltar la hebilla. Estaba atrapada como un animal de rodeo. Así que intenté quitarme el *jean* sin tener que usar el cinturón, jalándolo hacía abajo pero solo logré aumentar la urgencia. Pensé en volver al salón y pedir auxilio, pero la impresión que había causado durante el recreo desaparecería de la peor manera. Ya no solo sería una mentirosa sino también una bebé incapaz de soltar una hebilla. Fue entonces que sentí un hilo caliente recorrer mi entrepierna y luego este se volvió un canal que terminó creando un charco debajo de mí, un pantano de orina al lado de un wáter rosado, tan rosado como la ropa de Camila. Tan cerca y tan ridículo, como un pez flotando sobre el mar dentro de una bolsa con agua. Cerré los ojos. Quería reducirme a mi mínima expresión. Entre llantos, revisé el mandil a cuadros y noté que no se había mojado. La peor parte la habían llevado mis piernas.

Dentro del salón ninguna niña hablaba. Camila escribía con un lápiz de su color favorito y la profesora jugaba a darle vueltas a una tiza. Caminé hacia mi pupitre, mientras mis piernas melosas se adherían al *jean* . Cuando llegué a mi lugar, ALF yacía sobre mi carpeta. Estaba lleno de tierra, de seguro las niñas lo habían lanzado por los aires y arrastrado por el suelo mientras yo brincaba la liga. Lo agarré con una mano y lo boté debajo del pupitre. Debía esconderlo porque la profesora se acercaría a mi sitio y me diría que los juguetes tenían un rincón especial. Su cara se arrugaría al detectar mi accidente y sería mi fin. Tendría que reingresar al salón con ropa prestada del depósito de objetos perdidos y las niñas me observarían con repulsión. Como a Lucía Gómez cuando se vomitó los zapatos. Me acomodé el mandil de tal manera que únicamente el *jean* hizo contacto con la silla. Después me senté y junté las piernas mientras la orina se secaba en mis muslos y humedecía la madera.

—Aj... apesta —dijo Andrea Rondón, quien se sentaba delante de mí.

—Han tirado un huevo al basurero —le respondí.

Elegí el huevo duro como coartada para sobrevivir hasta la hora de salida. El olor era tan desagradable que Camila había prohibido a su séquito llevarlos a clase, y si no cumplían con la ordenanza, las niñas debían comérselo de un bocado. Intenté concentrarme en la pizarra, en el dibujo de José de San Martín y su sueño libertador. En tiempos mejores. En piernas secas. En cinturones desabrochados con el pensamiento. En el sueño de aves rojas y aves blancas. Pero de pronto apareció la niña de zapatos y pantalón rosado. Caminaba con dirección al basurero que estaba a unos metros de mi carpeta. Llevaba en las manos su lápiz y un tajador. Andrea Rondón le advirtió de la presencia del huevo, pero Camila volvió su paso más firme y se detuvo junto al tacho. Tajaba el lápiz con los ojos puestos en mí, mientras yo observaba una grieta en la madera de mi carpeta. No había creído la historia del huevo. Eran olores distintos. Además, me conocía demasiado bien; ella iba en mi movilidad. Sabía todos los cuentos sobre mi padre. Mi padre: el paracaidista, el médico, el capitán de submarino, el mejor amigo de Fujimori. Camila no me sacaba los ojos de encima. Las mentiras siempre terminan por volvernos transparentes. Las mentiras nacen, crecen, se reproducen, pero nunca mueren. Le devolví la mirada a Camila sin levantar la cabeza, pidiendo su compasión como un ciervo moribundo frente a una fiera. Ella soltó una sonrisa chueca y siguió tajando mientras el resto de niñas festejaba el sonido del timbre que indicaba la hora de salida. Quería llorar y para contenerme mordí el interior de mis mejillas. Camila tocó la punta del lápiz con la yema del dedo índice para comprobar la perfección del proceso y desapareció en silencio.

Esperé a que el salón se quedara vacío, recogí a mi muñeco del suelo y salí en busca de mis abuelos. Ellos me esperaban en el patio de primaria, justo al lado de la cancha de vóley. Él con la boina de siempre y ella con un vestido floreado. No salté a los brazos de mi abuelo como solía hacerlo; los saludé desde lejos y zambullí mi mirada en el cemento. El camino a casa fue silencioso. Abrí la ventana del auto e intenté asomar la cabeza. Quizás el viento retiraría de mis fosas nasales el olor de mi propia desgracia. El auto se estacionó en el garaje y antes de que mi abuelo se acercara a la puerta trasera para ayudarme a salir, yo ya había saltado y me dirigía hacia la puerta de la casa. Cargaba en la espalda una mochila amarilla y en la mano una lonchera de *101 Dálmatas*. Cuando pensé que había escapado, me percaté del error, de la mancha de sangre que deja un asesino en la escena de un crimen. Mi muñeco se había quedado en el asiento del auto. El mismo asiento que yo había humedecido con orina rancia. Mi abuelo abrió la puerta, cargó al juguete y olfateó el lugar. Mi estómago empezó a bailar de nervios, de miedo, de vergüenza. Él tocó el tapiz de la butaca y luego acercó la mano a su nariz. Sus fosas nasales dibujaron círculos. Presionó los labios y cerró los ojos concentrando todo su ser en develar el origen de la pestilencia. Extendió la evidencia hacia la nariz de mi abuela quien dijo:

—¡Pof! —mientras sus cejas se convertían en una sola—. Hijita, ¿te has hecho la pichi?

Su voz retumbó en mí como el grito desesperado de una bestia polar que hace vibrar los cimientos del hielo y genera un derrumbe. Allí, frente a ellos, me volví a orinar. Quizá eran las sobras de mi accidente en el baño del colegio o, tal vez, aquel era el plato principal, un espectáculo para mis abuelos. El temblor de mi abdomen, la presión del cinturón. Sucedió todo de nuevo. Esta vez ni siquiera intenté desabrocharme la correa, simplemente separé las piernas y me dejé llevar. Un hilo amarillo viajó por mi entrepierna, surcó caminos conocidos y dejó un charco entre mis pies.

Zancos

Mi padre era un niño que caminaba sobre zancos. Coleccionaba aviones a escala y juguetes de la Guerra de las Galaxias. Por eso, al llegar mi cumpleaños, sus regalos eran mis favoritos. Días antes de la fecha me recogía del colegio e íbamos de compras. Tomaba su mano y arrasábamos con los centros comerciales, tienda por tienda. Yo señalaba un juguete y en cuestión de segundos estaba dentro de una bolsa inmensa que no conseguía levantar. Sus ojos se encendían, los míos también; eran demasiados juguetes y todos para mí. Después me dejaba en casa. Tocaba el timbre y regresaba al auto apenas mi madre abría la puerta. No debían verse las caras. Un encuentro casual podría convertir las palabras en dinamita. Quejas que mi madre masticaba mientras arrastraba el botín de juguetes hacia la sala: «¿Cuándo va a madurar? Así qué fácil es ser padre. Solo se trata de comprar juguetes».

Para mi cumpleaños número diez escribí una lista de deseos. La repasaba a diario en el colegio y la presumía con mis amigas. En el primer lugar se ubicaba un Nintendo 64. Días antes de la fecha, lo llamé por teléfono:

—¿Cuándo vamos por mis regalos?

—Este año será diferente. Ya lo compré. Es una sorpresa. Lo sabrás el domingo.

Desde el divorcio, los cumpleaños se celebraban con la familia de mi madre. A mi padre lo veíamos los domingos y cada fecha especial se duplicaba. Los cumpleaños, el Año Nuevo, la Navidad. Todo por partida doble, eternamente dividido. Cuando escuché la bocina de su auto salí disparada de casa. Mi padre me levantó del suelo y luego le entregó una revista deportiva a mi hermano. Enseguida noté que algo extraño sucedía. Papá se había vestido más elegante que de costumbre e incluso se había echado perfume. Observé el interior del vehículo y no alcancé a ver ningún paquete o rastro de envoltorio. Pensé que todas mis indirectas con respecto al Nintendo habían surtido efecto y que la consola estaría en la maleta, arañando el papel de regalo, luchando por salir. Solamente quedaba esperar, así que desparramé mi cuerpo en el asiento trasero del auto. Me dediqué a jugar con la fauna de las nubes y a contemplar las copas de árboles hechas con letra Palmer que se desplegaban a través de la ventana.

—Hoy también vendrá Rocío —dijo mi padre con voz seria.

«¿Rocío?». Sujeté con fuerza la manija atornillada al techo del auto y abroché mi cinturón de seguridad. Ella no conocía a mis amigas del colegio o a las monjas. Con Rocío, las palabras salían de mi boca con silenciador y en defensa propia. Nunca sabía qué decirle. Calles más adelante, el auto se detuvo frente al edificio donde vivía la amiga de mi padre. Sergio abandonó el asiento de copiloto y fue a parar a mi lado. Rocío se sentó junto a papá y le dio un beso en la mejilla. Llevaba un vestido corto y zapatos de taco aguja. Abrí la ventana apenas Rocío

empezó a hablar. La corriente de aire que ingresaba desde fuera revoloteaba mi pelo; interrumpía mi visión, enmarañando mi rostro. Ya no escuchaba a mi padre, mucho menos a Rocío. El zumbido del viento me protegía de sus voces.

Llegamos a una pizzería que no era Pizza Hut atendida por mozos de saco blanco y pantalón negro. Pensé que las *pizzas* debían agradarme en cualquier lugar e ingresé sin chistar. Sentados frente a la mesa, el bullicio era infernal; un niño había lanzado un trozo de *pizza* al suelo y lloraba a rabiar. Rocío murmuró en el oído de mi padre, «Napoli...». No lograba comprender lo que decían. Los chillidos del niño recortaban las palabras, las convertían en sílabas sin sentido. Un mozo se acercó a mi padre, anotó el pedido en una libreta y desapareció tras una puerta roja. Justo en ese instante, el niño dejó de gritar y la voz de Rocío brotó sin restricciones. Habló acerca de su trabajo, describió a su gato. Incrustó los ojos en mi hermano y le preguntó por Fernanda, su ex enamorada. El rostro de Sergio se tiñó de espanto, aunque trató de esconderlo como si un mafioso le apuntara con un revólver por debajo de la mesa. Fernanda lo había dejado por uno de sus amigos.

—¿Después podemos ir a la Granja Villa? —pregunté.

—Hijita, lo dejamos para otro día. No todos tenemos zapatos adecuados.

—Ya pues, por favor. Por favor —supliqué.

—No. No lo hemos planificado. Vamos la próxima semana. Miren allí viene nuestra *pizza* .

El mozo se detuvo a mi lado y, antes de que soltara el pedido sobre el mantel, identifiqué otra desgracia.

—¡Papá, se han equivocado; la *pizza* tiene aceitunas! —increpé señalando la masa.

—Señor, no se preocupe. Es nuestro pedido. Vaya nomás —dijo mi padre sin voltear a verme.

Miré su perfil con ojos vibrantes de rabia. Tenía aceitunas. «Napoli...» significaba «aceitunas». Las odiaba, me parecían alimento para viejos. Intenté deshacerme de ellas colocándolas en una servilleta, pero las aceitunas igual habían contaminado mi *pizza* con su sangre y su sabor se expandía a través del jamón y el queso. Yo no deseaba ese tipo de cumpleaños. Necesitaba algo dulce, así que miré fijamente al traidor.

—¿Me puedes dar mi regalo? —le pregunté.

—Claro, hijita —respondió rozando con el codo el brazo de Rocío. Ella abrió su cartera y retiró una caja cubierta en papel de regalo brillante. Allí no entraría ni siquiera el control de mi Nintendo.

—Feliz día, princesa.

Desanudé el lazo con las uñas y desgarré el envoltorio, desesperada por llegar al meollo del asunto. Con solo ver la cajita supe de qué se trataba. Sentí mi rostro enrojecer de ira. Eran unos aretes de plata que descansaban entre almohadillas blancas, igual que en un ataúd. El gustillo agrio de la aceituna escaló por mi garganta.

—Están lindos, ¿verdad? —preguntó mi padre—. Ya eres una niña grande. Tu edad tiene dos números.

—Están horribles. No quiero esta cochinada —grité y solté el regalo en la canasta que contenía panes al ajo.

—No te preocupes; podemos cambiarlos —Rocío metió su pico.

—Por favor, hija.

—¡No quiero esta porquería! ¡Y tú no hables que todo es tu culpa! —respondí mirando a Rocío.

—Macarena, discúlpate por lo que has dicho —dijo mi padre con ojos de rayo láser.

—¡No!

—Discúlpate o te dejo en la casa.

—¡Me da igual!

—Espérenme, ya regreso.

Dentro del auto, éramos padre e hija respirando silencio. Cuando mi hermano jugaba partidos de fútbol algún sábado, mi padre me recogía de la casa en su auto e íbamos a verlo. Me sentaba en el asiento del copiloto y cantábamos las mismas canciones que entonábamos en la sala de mi casa, antes de que se fuera. El repertorio era extenso e iba desde el «Gato con botas» hasta una canción acerca de una madre muerta que él cantaba de niño. Pero en aquel viaje no existía música; ni siquiera me miraba a la cara. A través de la ventana, los árboles ya no eran caligrafía sino garabatos fortuitos. Las nubes no eran más que fósiles. Ninguno de los dos habló y a mi molestia se le enganchó una cola larguísima de dolor. Presioné los ojos y dos cúmulos de lágrimas se concentraron en mis párpados, colándose poco a poco entre mis pestañas. Lágrimas que ardían, como cuando los cohetes reingresan a nuestro planeta casi incinerándose.

Detenidos frente a casa, mi padre me sujetó del antebrazo y tocó el timbre. Cuando mi madre abrió la puerta, él no trató de evitarla.

—Tienes que hablar seriamente con tu hija. Se está volviendo una malcriada.

Mi madre me tomó del hombro obligándome a ingresar a sus dominios.

—¿De qué me estás hablando? —preguntó preocupada.

—No quiero pelear. Habla con ella. Hoy se ha portado muy mal —y se largó.

Cerramos la puerta de casa y mamá me preguntó qué había sucedido. No logré responderle, una mezcla de emociones había capturado mi garganta. Simplemente la abracé y empapé su blusa con mi rabia. La escena en la pizzería se repetía en mi cabeza y no sabía cómo eliminarla. «Hijita, ¿qué ha pasado?». Únicamente atiné a sollozar. No quería escuchar a mi madre y confirmar una hipótesis que me había dedicado a negar con todas mis fuerzas. No deseaba tener sus ojos cuando alguien le hablaba de él. Mi madre se arrodilló frente a mí, tomó mi rostro entre sus manos y me miró directo a los ojos, limpiándose las lágrimas con sus pulgares. No hacían falta palabras, ella lo conocía mejor que yo. Me abracé a su cuello y allí me quedé.

Pasajeros

«Le ha pasado algo al abuelo Héctor», me dijo Sergio aún con el teléfono en la mano.

Falleció de un infarto mientras jugaba al póquer con sus amigos el día anterior y nosotros recién nos enterábamos. Nadie en mi familia había muerto, al menos, nadie que yo hubiera visto más de cinco veces. Lo veíamos muy poco, porque se la pasaba diciendo lisuras y a mi padre no le gustaba. Miré fijamente a mi hermano y le pregunté por papá. Mi hermano se sentó a mi lado, soltó el inalámbrico sobre la cama y suspiró: «Lo escuché tranquilo, pero igual, no lo sé. Vístete al toque, tenemos que ir al velorio».

Héctor no era como mi abuelo materno. Me asustaba. Siempre hablaba de política, del poder salvador de los golpes de estado y de sus tiempos como piloto de caza. En una ocasión me hizo llorar contándome que en la guerra de 1941 habían comido hasta perro. Sin embargo, su muerte me enfadaba, la tenía atascada y no sabía cómo escupirla. Hurgué en mi clóset y me vestí con la ropa más oscura que encontré. Hice una media cola a mi pelo, ajusté mis pasadores y subimos al auto.

—Me olvidaba. Hay que parar por las flores —dijo mi hermano y cambió de dirección.

Entonces por primera vez en mi vida —descontando las películas— vi un cadáver, o al menos eso pensé. Estaba tendido justo enfrente de nuestro auto, con las patas apuntando al cielo y las entrañas de un lado.

—Sergio, cuidado, un perro muerto —grité señalando el bulto, con los ojos pegados en cualquier lugar.

Mi hermano maniobró el volante hacia la derecha y fuimos a parar sobre un sardinel. Cuando salimos del vehículo descubrimos que una de las llantas se había reventado por el impacto. El perro muerto del camino era solamente una bolsa negra para basura. Una vena de furia se hinchó en el cuello de Sergio. Las entrañas del animal eran cáscaras de huevo, piel de plátano y tomates podridos.

—Putra madre. Esto es increíble. Métete al carro —gritó Sergio.

Entré al auto y puse mis dedos muy cerca de la rendija del aire acondicionado. ¿Quién confunde una bolsa plástica con un perro muerto? Quería ser tragada por las rejillas y después triturada por el motor del auto. Mi madre también se dirigía al velorio. Iría por su cuenta y nos iba a encontrar allí. Pero ahora, ella y mi padre se iban a tropezar, sin que Sergio y yo estuviéramos para distraerlos, turnándonos de bando. Aquella técnica de paz resultaba infalible. La habíamos aplicado en el matrimonio de unos primos. Yo bailaba con mi padre y Sergio comía bocaditos con mi madre. Sergio hablaba de fútbol con mi padre, y mi madre y yo contemplábamos a las parejas bailar.

Distinguí por el espejo retrovisor que mi hermano caminaba junto a un vigilante. El hombre traía una gata en la mano.

—Busca el seguro de la llanta. Y que la chibola salga del carro para que no pese tanto.

Abandoné el vehículo y me senté encima del adoquín con el nombre de la calle.

—Pásame la gata. Gira ese seguro.

Me asignaron una tarea. Debía mover los brazos si aparecía una patrulla de serenazgo, agitando el saco de Sergio como banderín de carrera de autos.

—Ahora la llave de cruz.

Pasaron tres autos y una camioneta.

—Levanta. Levanta.

Cruzó un anciano en silla de ruedas acompañado de una enfermera.

—Listo. Queda.

Cuando llegamos al velatorio, la tía abuela Carmela nos jaló hacia un lado.

—Su papá ha estado preguntando por ustedes una y otra vez. ¿Dónde se habían metido?

El velatorio era amplio. Tenía una antesala y hacia el fondo una capilla donde se encontraba el ataúd bajo un crucifijo.

—Tuvimos que cambiar una llanta, tía —respondió mi hermano—. ¿Dónde está mi papá?

Cada uno de mis tíos se encontraba acompañado de sus hijos. Dos de mis primos se habían enlazado a su madre de los brazos y la llevaban hacia el ataúd. Metros a la izquierda encontré a mi padre. Estaba sentado en una banca desierta, cerca de una máquina expendedora de café. A su costado había dos vasos a medio consumir y una cartera. Parecía perdido como un niño abandonado en medio de una avenida transitada. Llevaba un terno negro y una corbata gris. Por mi culpa estaba solo.

—Papá, papá —exclamé. Él se levantó de la banca y caminó hacia nosotros, por un pasadizo de arreglos florales. Nos abrazó y luego se sostuvo de nuestros brazos como lo había hecho su hermana con sus hijos. Dijo que la muerte del abuelo Héctor fue instantánea, que no

sufrió. Le temblaba el labio al hablar. Enseguida, escuché los mismos pasos firmes que había oído durante toda mi vida. Giré el rostro hacia la puerta del velatorio, pero no la encontré. Volví los ojos hacia la máquina expendedora de café y allí estaba ella, recogiendo su cartera de la banca. Mi madre había estado sentada junto a mi padre, bebiendo café, conversando sin necesidad de que Sergio y yo lleváramos a cabo ninguna estrategia pacificadora. Pensé que quizá por eso las monjas decían que la muerte traía consigo un estado de paz. Mamá se colgó la cartera, recogió los dos vasos de plástico y marchó hacia nosotros.

—Ya tengo que irme. Te dejo con los chicos.

—Muchas gracias por venir.

Después, él la abrazó. Fue un estrujón corto, sostenido contra los hombros. Sin embargo, durante unos segundos, ambos cerraron los ojos. Sergio me miró. Yo lo miré. Levantamos las cejas y torcimos la boca. Mi madre se retiró del velatorio abriéndose paso entre la gente. Mi hermano la acompañó encendiendo un cigarro. Le conté a mi padre del accidente. De mi confusión con la bolsa de plástico. Me dijo que seguramente había estado pensando en el abuelo Héctor y todo en mi cabeza se había mezclado. Que la vida se construía casi siempre a partir de malos entendidos. Ingresamos a la capilla donde se encontraba el cajón. La tía abuela Carmela estaba ahí. Sentada, presionaba una bola de papel higiénico con la mano.

—Ven aquí, Macarena —dijo.

Me acomodé junto a ella. Mi padre permaneció de pie. Carmela lo sujetó del brazo.

—Ahorita vuelvo. Aún es muy chica para ver a mi papá así —expresó mi padre.

Papá se detuvo junto al ataúd. Se notaba que un vidrio lo separaba del abuelo. Yo lo había visto así, pero vivo, cuando le hicieron un homenaje en la base de la Fuerza Aérea. Se cumplían muchos años de la guerra de 1941 y él era un héroe. Subió al avión con el que mató decenas de soldados ecuatorianos y lo fotografiaron dentro simulando que volaba. La cabina era pequeñísima, quizá casi tanto como ese cajón. Pensé que quizá ser piloto de caza lo había hecho darse cuenta más rápido del cristal que nos separa del mundo. Que quizá por eso era tan amargado.

Mi padre tenía las manos dentro de sus bolsillos, resignado a no volver a tocar al abuelo. Una de mis tías lo alcanzó y se sostuvo en él. «Nos hemos quedado sin raíces, hermano. ¿Qué somos ahora?», soltó. Después se abrazaron. Ella no dejaba de tiritar. Uno de mis primos buscó a su madre y la guio hasta que se desparramó a mi lado. Pensé en la única fotografía que mi padre conservaba de los abuelos juntos. Se las sacaron meses antes de que ella muriera. Nunca la conocí. En la foto, aparecían como pasajeros de la zona de carga de un Antonov. Me

pregunté qué versión del abuelo se encontraría con ella. Si en ese otro lugar sería joven o viejo. Miré alrededor y encontré a Sergio fumando en la salita del velatorio. Mi hermano apagó el cigarrillo con el pie e ingresó a la capilla. Fue hasta donde se encontraba mi padre y se detuvo a su lado. Lo tocó en el hombro sin fijarse en el abuelo, con los ojos clavados en el crucifijo que colgaba sobre el ataúd. Mi padre puso su mano en la nuca de Sergio. Giraron sobre los talones, avanzaron en silencio y se sentaron junto a mí.

Fiesta

Debí sospecharlo. Había una razón para que en los bailes de clausura de año me disfrazaran de muñeco. Tampoco me dejaban participar en el papel de «hombre». Diablo, árbol, oso o caporal, esas eran mis funciones. Los elementos más tiesos de la puesta en escena. Los bailarines que no bailaban. Era la primera fiesta con chicos a la que asistía. Se trataba del cumpleaños de Katia Majluf y lo celebraría en el jardín de su casa. Al llegar, busqué a Adriana. Mi amiga se encontraba sentada del otro lado de la pista de baile. Su rostro cambiaba de color por el juego de luces.

—Qué aburrido. Nadie saca a bailar —refunfuñó.

Katia se acercó a nosotras. Su novio venía con ella.

—No se preocupen, chicas. Rodrigo, dile a tus amigos que dejen el fulbito y que vengan a bailar.

El enamorado de Katia cruzó el tabladillo, se acercó al juego y confiscó la pelota. Bastó con que los amigos de Rodrigo dejaran de mirar a los jugadores incrustados en fierro, para que no quedara ninguna chica de pie. Yo estaba contemplando la cocina: la abuela de Katia cortaba moldes de pan, la empleada y su hijo aplastaban paltas con un tenedor.

—¡Siéntate aquí! —me recriminó Adriana, tirándome del brazo.

Cuando lo hice, las chicas de mi promoción ya ocupaban las sillas alrededor de la pista. Se miraban unas a otras, esperaban a ser elegidas, mientras frotaban sus manos contra la tela de sus *jeans*. Según Adriana, nuestro sitio era el más estratégico para que nos sacaran a bailar porque la mesa de bocaditos que teníamos al lado suponía una parada obligatoria. Katia tomó la mano de su enamorado y se dirigieron al tabladillo. Se colocaron en medio de la pista, justo debajo de la bola disco y empezaron a moverse. Entonces, los demás chicos se acercaron a las sillas. No tenían piedad ni vergüenza. Seleccionaban a sus parejas como quien se pasea frente a la góndola de un supermercado. Se saltaban a las chicas más feas e iban por las más bonitas sin mirarse a sí mismos. Las amigas de Katia fueron las primeras en estampar sus pasos sobre el tabladillo.

—Mariana, ¿quieres bailar?

—Luciana, ¿quieres bailar?

—Camila, ¿quieres bailar?

Se movían en perfecta sincronía. Parecían las Spice Girls. Incluso habían coordinado los colores de su ropa. A mi lado, Adriana intentaba tomar una trufa de la mesa de bocaditos sin tener que dejar su asiento.

Estiraba el brazo al punto de que su silla se quedaba sostenida de una pata y ella colgaba del mantel de la mesa.

—¿Por qué no te paras? —le pregunté.

—Mira a la izquierda. ¿Ves al chico de camisa a cuadros? Me ha estado viendo desde que llegué, creo que quiere sacarme a bailar.

—Yo sí voy. Tengo hambre.

Me acerqué a la mesa y cogí algunos dulces. Tomé una servilleta y coloqué un par de trufas para mi amiga. Fue entonces que sentí un toque en el hombro y una voz plagada de gallos me habló:

—¿Quieres bailar?

Era alto, llevaba puesto un polo verde. Sus ojos eran del mismo color. Pero no era cualquier verde, era del tono de las uvas. Solté la servilleta y los dulces de mi amiga rodaron bajo la mesa.

—No te preocupes. Primero termina de comer —dijo sonriendo.

Tragué lo más rápido que pude y lo seguí a la pista. Adriana bailaba salsa con el chico de camisa a cuadros. Se miraban directo a los ojos. Lo hacían con tal fijación que podían transportar una manzana entre sus frentes.

—Mejor esperemos a que no haya tantas personas. Te pueden pisar —dijo Miguel, ese era su nombre.

Conversamos al borde del tabladillo. Miguel se apoyó en uno de los fierros que sostenía el toldo y me contó que era amigo de Katia por el club. Se habían conocido en las fiestas de verano que se organizaban en la cancha de básquet. Le dije que había ido un par de veces. Mentira; mis salidas de verano consistían en ir al cine con Adriana, siempre a las funciones de las seis de la tarde. Terminó la canción de salsa y el *disc jockey* puso una que nunca había escuchado. Solo Katia y sus amigas permanecieron en la pista.

—Esta canción es buenaza. Va a ser la canción del año —dijo Miguel cogiéndome la mano.

Me llevó hasta el centro de la pista de baile. Avanzábamos lento, yo no quería soltarlo. Era la primera vez que un chico me tomaba de la mano. Las chicas del salón me contemplaban como si presenciaran mi matrimonio. Miguel podía elegir a cualquiera, pero estaba conmigo. Pensé que al final de la fiesta me pediría mi teléfono. Que me llamaría y hablaríamos por horas mientras hacía *zapping* frente al televisor. Que a partir de esa noche empezaría a vivir la vida de otra persona. Allí estaba yo, junto a Katia, Mariana, Luciana y Camila. ¿Podría convertirme en la quinta Spice Girl? La música empezó a sonar e inicié

mi danza. Empecé a mover los pies y los brazos. De izquierda a derecha, luego en círculos. Miguel dejó de verme a la cara, dedicándose a observar las imperfecciones del tabladillo con una mueca extraña en los labios. Katia y Luciana cuchicheaban, observándome por el rabillo del ojo. Segundos después llegó el coro y trajo la peor parte: todos empezaron a girar. Luego, tocaban el piso con la palma de la mano izquierda. Después, hacían un saludo de general. Enseguida, un brinco y, finalmente, los brazos arriba. Mis movimientos estaban desfasados. Era vergonzoso. Debí sospecharlo. No tenía nada que ver con mi estatura. Yo no sabía bailar. Ningún ritmo aflojaría mis huesos. No se trataba solamente de la «diablada» o las danzas de la Amazonía que nos enseñaban en la clase de folklora. Mis movimientos eran igual de tiesos con el hit del momento. Sentí el peso de treinta pares de ojos puestos en mis pies, en mis brazos, en el movimiento rígido de mis caderas.

—Perdón, necesito ir al baño —le dije a Miguel.

Salí corriendo antes de que el chico de ojos verdes pudiese responder e ingresé a la casa. Todos los objetos del lugar estaban cubiertos de penumbra, salvo un hilo de luz que se colaba debajo de la puerta del baño. Aún eran las ocho de la noche, mi madre me recogería a las once. Tal vez, escondida dentro del baño, esas horas pasarían sin mayor problema. Esperé y esperé, hasta que por fin se abrió la puerta y un chico gordísimo salió acompañado de un olor horrible. Entré decidida a respirar por la boca, pero me daba náuseas. Abandoné el baño sin la menor idea de qué hacer. Desde mi lugar podía ver el jardín, la bendita canción de moda volvía a empezar. Ahora, Katia le enseñaba los pasos a varias chicas del salón. Adriana se reía junto al chico de camisa a cuadros junto a la mesa de fulbito. Miguel tomaba de la mano a otra chica. Me acerqué a uno de los sofás de la sala y me senté. El gordo del baño se encontraba desparramado al otro extremo del sofá.

—¿Por qué no sales? —preguntó después de varios minutos.

—¡Sal tú!

—Saldría, pero da lo mismo; nadie va a querer bailar conmigo —dijo, llevándose un par de papas fritas a la boca.

Quise confesarle que no sabía bailar, pero permanecí en silencio. Se suponía que moverse con ritmo era algo innato para las mujeres. El gordo sacó un Gameboy de su bolsillo y se puso a jugar. Giré el rostro hacia el comedor de la casa; nosotros no éramos los únicos pasándola mal. Priscila y Luisa dormían apoyadas una sobre el hombro de la otra. Seguramente Katia las había invitado por pura pena. Desde el sillón podía ver lo que sucedía en la fiesta. Lo mejor era que, sumergida en la penumbra, ya nadie me veía. Las papas del gordo se volvieron el pop corn y la mampara que daba al jardín, la pantalla del cine. Observé lentas, merengue, pop y salsa. Se me caían los párpados, aquello era como ver cine mudo. Yo no entendía de lenguaje corporal, hablaba español e inglés. Poco a poco me fui quedando dormida, apoyada en el

brazo del sofá. Cada cierto tiempo, la musiquilla del juego del gordo me despertaba. Abría los ojos esperanzada en estar bajo la frazada de mi cama. Hasta que finalmente me quedé totalmente dormida y mis oídos se desconectaron de la casa de Katia Majluf.

Sentí un remezón en el brazo. Una luz fortísima me abrió los ojos y escuché mi nombre. Se trataba de la voz de Adriana. Sobre ella, la lámpara de araña del comedor iluminaba cada rincón de la sala. Intenté levantarme de un brinco, pero era imposible. Cargaba el peso de una bolsa de cemento sobre las piernas. Miré hacia abajo y lo vi. La cabeza del gordo descansaba sobre mi regazo. Dormía con la boca abierta y expresión de cabeza clava. Su juego estaba en el piso junto a la bolsa de papas. Ya no quedaba ningún invitado en el jardín. La celebración se había mudado al comedor.

—Sal de aquí —gritaba Adriana mientras tiraba del brazo del gordo.

Él se despertó en medio de un alarido ahogado. Katia, Mariana, Luciana y Camila reían intentando esconder sus burlas cubriéndose la boca. El gordo recogió su Gameboy del piso y salió corriendo por la puerta principal. Yo quería hacer lo mismo. Quería aguardar por mi madre sentada en la vereda, esperando el paso de una estrella fugaz o rezando un rosario; pero Adriana me agarró del brazo. «Sé fuerte. Haz como si nada hubiera pasado», me dijo pellizcándome. Adriana sabía de lo que hablaba. Tenía una hermana mayor y siempre le daba consejos. Nos acercamos hacia la mesa del comedor. La madre de Katia prendía las velas de la torta con un encendedor de cocina. Los ojos de Miguel no eran tan verdes bajo la luz amarilla. Nadie murmuraba, sin embargo, podía leer sus mentes. Conocía esos rostros. Los había visto durante años. «*Happy Birthday to you...* ». Yo sería el tema de burla en los recreos hasta que sucediera algo peor. No tenía escapatoria. «*Happy Birthday , Katita...*». Por favor, que alguien se manchara la falda de regla. «Cumpleaños feliz, te deseamos a ti...». Quería morirme. Saber tocar la flauta no significaba tener oído musical. «Que los cumplas feliz...». Ya no asistiría a más fiestas. Al menos no ese año. Me haría la enferma, inventaría la muerte de algún familiar. Quemaría las invitaciones antes de que mi madre las viera. Tendría una coartada, por lo menos para sexto. Solamente debía soportar el baile de clausura de año y faltaban varios meses. Podía aceptar mi suerte escondida tras un disfraz. Diablo, árbol, oso, caporal, esas eran mis funciones. Una bailarina que no sabía bailar, la extra en una fiesta ajena.

Beirut

Los vecinos de mi calle eran perros. El mastín de la casa de la izquierda se llamaba Thor; la bulldog de la esquina era Lola. Conocía los nombres de las mascotas de la cuadra sin saber quiénes eran sus dueños. Tampoco me importaba. Se trataba de seres anónimos que levantaban los portones eléctricos y desaparecían en sus autos. Las únicas veces que mi madre lidiaba con ellos era porque se disparaba alguna alarma y salíamos asustados. Constatava de que se trataba de un error y regresábamos a casa. El domingo del robo no sonó ninguna sirena, tampoco ladraron los perros. El estanque calmado que era nuestra calle se alteró por el grito de una niña que un par de segundos después tocó el timbre de casa. Mi madre corrió a la puerta. La abrió instintivamente, sin precauciones, quitando esa cadena de seguridad que reducía la identidad de los mensajeros a un tercio de sus rostros. La niña jadeaba y llevaba de la mano a un niño más pequeño y de orejas alargadas. Los reconocí de inmediato. Ambos formaban parte del paisaje silencioso y aburrido de mis mañanas. Dos hermanos en uniforme azul que, del otro lado de la pista, aguardaban con ojos adormilados a que los recogiera la movilidad. A veces Ruth conversaba con la empleada que los escoltaba cargando sus mochilas. Hablaban del nuevo vigilante de la cuadra, de las ausencias repentinas del jardinero, de los horarios en que el bus a Manchay iba vacío. Pensé en el perro que vivía en aquella casa resguardada por enredaderas. Un cocker viejo de hocico blanquecino que paseaba en el mismo horario que Mota.

—¿Qué pasó? ¿Están bien? —preguntó mi madre.

—Se han metido a robar a la casa —explicó el niño hiperventilando.

—¿Cómo se llaman?

—Yo soy Daniela y él es Bruno. Somos hijos de Juan Canesa. Mi papá nos mandó para acá. Se fue a perseguirlos.

Mi madre los obligó a entrar al jardín y cerró la puerta con seguro. Daniela respiró hondo y nos contó que esa tarde volvían del cine. Que su padre presionó el control remoto del garaje y cuando el portón de madera se levantó, encontraron una station wagon estacionada en la losa. Que ella logró distinguir a un hombre de bigotes canos acomodando un televisor en la maletera. Nos dijo que esa escena habría durado cinco segundos. Que apenas los ladrones los vieron, el hombre del televisor saltó a la maletera y el auto arrancó a toda velocidad.

—Macarena, llévalos a tomar agua. Voy a llamar a la policía —dijo mi madre caminando hacia la puerta principal.

Cuando llegamos a la cocina, el niño no paraba de llorar, se secaba las lágrimas con el polo rojo que traía puesto. Busqué una gaseosa en el repostero y serví el líquido en dos vasos, sin hablar, incapaz de concentrarme en nada que no fuera la desesperación de Bruno. Sergio

apareció en la cocina pateando la puerta de vaivén como un agente del FBI. Se aproximó al niño y le sujetó el hombro.

—Tranquilo. A tu papá no le va a pasar nada. Los choros se han ido corriendo, son unos maricones —le dijo.

—Mi papá va a estar bien. Tú sabes que es un loco. Él va a estar bien — soltó Daniela mientras le ofrecía a su hermano un vaso de gaseosa. El líquido naranja bailaba como si estuviera entre las manos de un enfermo de Parkinson.

—Él no me preocupa... ¿Y Beirut? —preguntó Bruno ahogado en un ataque de hipo. Sus palabras acarrearón un miedo irracional. Sentí la urgencia de confirmar que mi perro estaba en casa. Empujé la puerta y encontré a Mota echado junto a la mesa larga del comedor. Acaricié su barriga y escuché sus ronquidos. Cuando regresé a la cocina, Daniela le pedía a su hermano que tuviera confianza. Decía que Beirut era un perro inteligente. Que ella estaba convencida de que lo abrazarían muy pronto. Que con la llegada de los ladrones, el perro seguramente se había escondido debajo del sofá de la sala hasta mimetizarse con el mueble. Su pelo rizado era del mismo tono que el cuero. Cuando Bruno intentaba interrumpirla Daniela lo callaba. La niña no admitía preguntas y negaba con la cabeza. Se restregaba los ojos compulsivamente, impidiendo que se activen sus lagrimales, como quien cree que ocultando los síntomas desaparece la enfermedad. Daniela describía otros supuestos escondites, la parte trasera de la lavadora, el cobertizo para las bicicletas, la jardinera llena de flores y hierbas en la que Beirut enterraba huesos. Mamá apareció de pronto y sus palabras desviaron la discusión: «Chicos, acabo de hablar con la garita de control. Su papá ya está regresando. Vayan arriba con Macarena. Sergio, tú acompáñame». Guie a Daniela y a Bruno hasta mi cuarto. Encendí el televisor para disminuir la tensión, pero ellos eligieron la ventana apaisada que convertía a mi cuarto en un observatorio perfecto hacia la calle. De niña, colocaba el escritorio contra el borde de la ventana y jugaba a que mi habitación era una nave espacial que se desacoplaba de la casa para flotar entre los cerros del distrito. Quería ver cómo vivían los demás. Nuestro distrito era verde y azul. Un remedo artificial de la Tierra generado por las piscinas y los jardines. La tripulación estaba constituida por los peluches que me regalaban en mis cumpleaños.

El padre de Daniela y Bruno bajó del auto y tocó el timbre. Llevaba el rostro desencajado y la camisa fuera del pantalón. Mi madre y Sergio lo esperaban en la puerta. Los tres se pusieron a conversar bajo el umbral. En cuestión de minutos se acercaron el resto de vecinos de la cuadra. Hombres y mujeres que habían permanecido en sus ventanas esperando el desenlace como el protagonista de aquella película de Hitchcock. El padre de Daniela y Bruno les explicó que había perseguido a los ladrones por toda la urbanización, derrapando en su camioneta, trepándose a las veredas hasta lograr que la station wagon se estampara contra un muro cercano a la garita de control. Contó que la

parte delantera del auto donde viajaban los ladrones se contrajo como un acordeón por el impacto. Que él bajó de su camioneta listo para matar a los choros a patadas. Que a él nadie le quitaba nada. Mientras hablaba su voz se convertía en un grito lleno de rabia. «Estuve así de cerca de agarrarlos. Así», dijo juntando los dedos. «Pero esos malditos retrocedieron y se largaron con el carro cayéndose a pedazos».

El padre de Daniela y Bruno cortó su monólogo cuando vio al vigilante acercarse desde la esquina. Se trataba de un muchacho escuálido que con suerte superaba los veinte años. Yo no sabía su nombre, pero conocía sus rutinas. Todos los días caminaba por la cuadra cargando una radio portátil que pegaba a su oreja. De rato en rato entraba a su caseta de vigilancia para leer un periódico deportivo. Permanecía allí el menor tiempo posible. Era un cuadrilátero claustrofóbico, hecho de material provisional, como una casa de jardín que ningún perro quiere habitar. El padre de Daniela y Bruno miró fijamente al chico y empezó a gritar. «¿Dónde carajo estabas mientras robaban mi casa?». La pregunta se repetía una y otra vez, cada vez más intensa y cargada de furia. El chico no respondía y cuando finalmente lo hizo sus palabras nerviosas se disolvieron en el aire. Lo siguiente que escuché fue la sirena del patrullero que se estacionó en nuestro garaje y el ruido indescifrable causado por las voces de los vecinos montándose unas sobre otras.

Bruno dio media vuelta y se acomodó al filo de mi cama. «Seguro se han robado a Beirut», dijo con la mirada perdida en el mueble que contenía mis peluches más viejos. Osos, jirafas y perros que me rehusaba a donar porque en ellos todavía podía encontrarme de niña. Me bastaba con tocarlos y cerrar los ojos para que una luz cada vez más lejana se encendiera en mi pecho. Daniela miró a su hermano y lo tomó del brazo.

—Beirut va a estar bien. Está en la casa. Deja de decir eso o te voy a pegar —amenazó.

—¿Qué vamos a hacer si lo han robado? —respondió Bruno lazando puñetazos contra mi edredón.

—¡Cállate!

Cada vez que Bruno mencionaba a Beirut, recordaba al perro con mayor claridad. O quizá lo reconstruía más nítido y brillante a partir del cariño encapsulado en el sufrimiento de su dueño. Beirut paseaba por la cuadra con una correa azul amarrada a su cuello. Se rascaba el lomo retorciéndose en el pasto de jardineras ajenas. A diferencia de Mota, Beirut se dejaba acariciar por cualquiera. La voz de mi madre me obligó a acercarme a la ventana. La encontré parada en medio del jardín, aún traía puestas esas chancletas de domingo que, sin querer, había expuesto a todo el vecindario. «Macarena, ya llegó el papá de Daniela y Bruno. Diles que pueden bajar».

Cuando llegamos a la puerta ya no quedaba ningún vecino. Daniela abrazó a su padre y después Bruno hizo lo mismo. El hombre les dijo que los policías se habían asegurado de que no quedase ningún intruso en su hogar. El portón del garaje se levantó como un telón trágico. Los restos del saqueo estaban esparcidos por el jardín. Logré distinguir un horno microondas con la puerta rajada y una maceta desmembrada en el camino que conducía a la entrada principal. La cerámica en pedazos, la planta muerta, la tierra esparcida gracias a las pisadas toscas de los ladrones. Bruno atravesó el portón desesperado. Algo en aquel patio disparó las alarmas que realmente importaban. Entonces vi una cuerda azul. Se trataba de la correa de paseo de Beirut. Bruno levantó la cuerda como si acabara de encontrar la pierna de un cadáver. Daniela y su padre corrieron tras él. El hombre miró a mi madre e hizo una mueca. Luego cerró el garaje.

Sergio me acompañó a mi cuarto y encendió el televisor. Sintió un canal de música y empezó a jugar con una pelota de tenis, haciéndola rebotar contra la pared. Esa era su forma de estar conmigo. Un ritual que sucedía desde chicos cuando él peleaba con mi madre. «¿Tú crees que se hayan robado a Beirut?», le pregunté con la mirada perdida en la pantalla. Dentro, la conductora argentina anunciaba que una canción de Marilyn Manson había escalado cinco posiciones en el *ranking* semanal. Sergio colocó la pelota sobre mi cama y suspiró. «No lo sé, no creo. Esperemos un toque a ver qué pasa», dijo sin mirarme. De rato en rato girábamos nuestros rostros hacia la ventana. El vigilante caminaba por la calle. Iba y venía sin entender qué pasaba o a dónde se dirigía, igual que un hámster de ruleta. Sergio me dijo que seguro lo despedirían. Nos quedamos en silencio y devolvimos los ojos a la tele. Mota saltó a mi cama a pesar de sus patas sucias, apoyó la cabeza sobre mis piernas y se quedó dormido. Sergio abandonó mi cuarto apenas terminó el conteo dentro de la pantalla.

La oscuridad trajo consigo una calma engañosa. Empleadas sin uniforme que como todos los domingos, regresaban a sus vidas artificiales. Los ladridos de los perros que cada cierto tiempo quebraban la noche y me hacían pensar en Beirut. De niña creía que esos gritos solitarios eran la manera que tenían los perros para comunicarse entre ellos. Se trataba de un mito difundido en las películas que decidí creer. Me gustaba pensar que había cosas inaccesibles, estados puros que nunca podríamos alterar. Decían también que los perros poseían la capacidad de predecir terremotos, pero esa noche cuando el padre de Daniela y Bruno abandonó su casa dando un portazo y caminó hacia a la caseta del vigilante, Mota dormía con las patas estiradas. Me levanté y me paré junto a la ventana. No llamé a Sergio, tampoco a mi madre. Simplemente miré absorta cómo el hombre daba puñetazos contra la caseta. El vigilante apareció e instintivamente se tapó el rostro con el brazo. El hombre enfurecido lo agarró de la chompa y lo empujó contra una pared. Después ingresó al cubículo y empezó a sacar cosas para tirarlas a la calle. Una casaca gruesa, platos descartables, periódicos viejos, la radio portátil. El padre de Daniela y Bruno hablaba solo. Le decía al chico que él mismo se encargaría de

que nunca más regresara a nuestra calle. Que si había tenido que ver con el robo, lo encontraría. Que tenía contactos en la policía. El muchacho solamente asentía y lo miraba. Quise llamar a mi madre, pero temí que en un arrebatado de valentía saliera lastimada. Me pregunté si habría otro par de ojos puestos en la escena. Rogué con todas mis fuerzas que fueran ojos valientes. El padre de Daniela y Bruno pateó la parte baja de la caseta y empezó a andar hacia su casa. Cuando pensé que todo había terminado, el hombre se detuvo un minuto, como quien cae en la cuenta de que ha olvidado un paquete muy importante, y regresó. Se detuvo frente a la caseta y la pateó como un loco. Por los cuatro costados, hasta agujerear la madera prefabricada. Cerré las cortinas y me aparté de la ventana temblando. A lo lejos, se oía el televisor de mi madre. La voz rasposa del conductor del programa dominical que anunciaba un reportaje sobre la diabetes. Lo siguiente que escuché fue el portazo que devolvía al padre de Daniela y Bruno a su territorio. Regresé a la ventana y contemplé la calle. El vigilante recogía su casaca de la pista. Su cuerpo era un contorno apenas iluminado por las luces amarillas de los postes. Se movía de un lado a otro intentado recuperar cada objeto que el padre de Daniela y Bruno había lanzado por los aires. Cogí mi discman y me acosté. Me dije a mí misma que todo estaría bien. Me cubrí por completo con las sábanas hasta quedarme dormida, arrullada por el grupo pop del momento.

Ruth apareció en mi dormitorio mientras terminaba de acomodarme las medias verdes del uniforme. Dejó un azafate con dos tostadas y un jugo de papaya encima de cama y descorrió la cortina. Observé que la movilidad que recogía a Daniela y a Bruno cada mañana, se encontraba estacionada del otro lado de la calle. Sabía que se trataba de un momento crucial. Que los rostros de los niños me dirían si los ladrones se habían llevado a Beirut. Sin embargo, los hermanos no aparecieron. Únicamente salió la empleada, que, con un par de señas, despachó a la movilidad. «Dice tu mamá que no hay que dejar que Mota salga al jardín. Al menos por un tiempo», soltó Ruth doblando mi pijama. En cuestión de segundos, el portón de los Canesa se levantó. El padre de Bruno y Daniela, salió de su auto y corrió a la casa. Regresó cargando entre los brazos una cama para perros que tenía dentro varios juguetes de plástico. También estaba la correa de paseo. El hombre abrió la maletera y colocó los objetos junto a una bolsa negra. Me sentí mareada. No necesitaba confirmar los hechos. Imaginé al cocker muerto sobre el parqué, echando espuma por la boca. A Daniela cubriéndose el rostro en negación. A Bruno doblado sobre su mascota. Una punzada me atravesó el pulmón. El padre de Daniela y Bruno cerró la maletera de un portazo, subió a la camioneta y desapareció. Clausuró su vida presionando el control remoto, mientras a unos cuantos metros la caseta se erigía en ruinas. Frente a ella, un nuevo vigilante recibía indicaciones del supervisor de seguridad. Las anotaba en una libreta a la par que se ajustaba una gorra vieja. Me pregunté si sería la misma que el padre de Daniela y Bruno había pisoteado sin remordimientos. «Genaro era buen chico...», musitó Ruth esperando una respuesta. Yo simplemente la miré sin saber qué decir. Decidí esperar en mi habitación a que llegara mi movilidad. Cuando escuché el bocinazo, cogí mi mochila y corrí hacia la puerta. Subí a la

camioneta sin mirar a la calle, aunque mi mente seguía atrapada en la noche anterior. En los gritos del padre de Daniela y Bruno, en el cuerpo de Genaro recogiendo uno por uno los pedazos de esa radio portátil sin que nadie supiera su nombre.

Farallones

Macarena llevaba mi nombre con un orgullo que yo no conocía. Desde que la vi sentí la urgencia de tenerla cerca. Nos conocimos a inicios del verano, en el club house de aquel balneario de casas blancas producidas en serie. Me la presentó Pamela mientras jugábamos ping pong. Estudiaban en el mismo colegio de monjas alemanas. «Eres la primera Macarena que conozco», me dijo con un acento extraño. Después nos invitó a ir con ella. Para mí todas las construcciones de la playa eran iguales. Diferenciarlas suponía intentar distinguir a gemelos. Sin embargo, la casa de Macarena era otra cosa. Ocupaba dos terrenos y estaba llena de ventanales y tragaluces en espacios usualmente destinados para bloques de cemento. Soltamos las bicicletas en el jardín delantero y subimos a la terraza. Pamela y Macarena saltaron a la piscina, mientras yo remojaba los pies en el agua y las escuchaba hablar del colegio. Cada vez que Pamela mencionaba mi nombre refiriéndose a ella, sentía una satisfacción extraña, como si las dos juntas fuésemos parte de un solo elemento que nadie más entendería. Cuando mi amiga tuvo que irse, Macarena me preguntó si quería quedarme con ella. Sabía que se trataba de algo del momento, que si le decía que no podía, me dejaría ir y seguiría con su vida. «Claro, hagamos otra cosa», solté. Al rato, estábamos sentadas en la arena frente a unos niños que demolían un castillo a medio construir. Macarena era quien dirigía la conversación. Gesticulaba en exceso mientras me contaba su vida. Su padre trabajaba como oftalmólogo y, por ello, había vivido en México desde los seis hasta los trece. Le gustaba Lima, pero extrañaba a sus amigos del DF. Quería ser doctora. Yo la escuchaba, asentía y repreguntaba como un cura en confesión. Cuando no tenía nada más que decirme, me habló con seriedad:

—Ahora, te toca a ti. Cuéntame algo.

—Mi vida es aburrida —respondí sacudiéndome la arena de las piernas.

—Dime algo. Cualquier cosa. De la playa, no sé.

—Antes me encantaba veranear aquí. Vengo desde hace años. Pamela, los Briceño, los trillizos... todos parábamos juntos. Montábamos bicicleta, jugábamos carnavales, prendíamos fogatas.

—¿Y qué pasó?

—Una tontería. Entramos a la casa de los Salcedo por huevear. Saltamos de terraza en terraza, empezando por la de Pamela, y nos metimos por la ventana del cuarto principal. Comimos unos chocolates que encontramos en la despensa. No hicimos nada grave, pero un trabajador de limpieza nos vio salir por la ventana y nos acusó. Lo siguiente fue una echadera de culpas frente a la directiva de la playa. Mi mamá casi me mata, porque yo vengo donde mis tíos. Al final, solamente Pamela y yo seguimos siendo amigas.

—Pamela me cae bien, aunque no sabe cuándo callarse. Es como si siempre quisiera llamar la atención —dijo mirándome atenta.

Señalé la orilla y cambié de tema. Le conté que por algún motivo muchos pelícanos elegían nuestro balneario para morir. Se acomodaban cerca del mar y agonizaban durante horas con los ojos cerrados. Le dije que de noche me sentía culpable por no poder ayudarlos, que de día les dejaba comida y agua que no ingerían. Simplemente llegó un momento en que se convirtieron en una causa perdida. Me quedé en silencio asustada de lo que pudiera pensar. Pero Macarena introdujo la mano en su casaca de *jean* y me ofreció un cigarro. Cuando lo acepté, entendí que ella podía convencerme de cualquier cosa. «Vamos allá, aquí pueden vernos», dijo señalando el observatorio de caña que fungía de torre de salvavidas. Asentí y la seguí. Escalé después de ella pisando cada peldaño con las piernas tías y el corazón en los oídos. Apenas alcanzamos la cima, Macarena se sentó al borde descolgando los pies en el precipicio. Encendió mi cigarro y después el suyo. Abandonamos la playa cuando solamente quedaban aves nocturnas sobrevolando las sombrillas.

Aquello fue suficiente para que Pamela se convirtiera en un personaje secundario. Al día siguiente, cuando apareció en mi puerta, trepamos a nuestras bicicletas y fuimos donde Macarena. En el trayecto casi no conversamos. Yo manejaba a la velocidad de la luz, esquivando la lluvia de las regaderas automáticas. Lo único que me importaba era llegar primero. Tiré mi bicicleta sobre el pasto húmedo y caminé por el sendero de piedra pulida hasta llegar a ella. Macarena nos esperaba en la terraza, escuchando música. Tendimos nuestras toallas en el suelo y nos dedicamos a tomar sol. Pamela no se callaba, lanzaba bromas sobre el colegio y Macarena sonreía con los ojos cerrados. Me sentí incómoda. Tal vez era cierto y Pamela solo buscaba llamar la atención. Macarena abrió los ojos y volteó a verme: «Voy por algo de comer, acompáñame», sentenció. Bajamos a la cocina y sacó un pote de helado del refrigerador.

—¿Te pasa algo? Estás muy callada.

Sus palabras fueron la primera droga que probé. Me bastaba con su preocupación para sentirme feliz.

—¿A mí? Nada. ¿Quieres ir al cerro más tarde? —pregunté mirándome las manos.

Le expliqué que se trataba de uno de los cerros pedregosos que separaba a nuestro balneario de una seguidilla de playas públicas. Los Briceño subían cada tarde. Bebían trago barato y lanzaban piedras a las familias que veraneaban del otro lado.

—Claro, creo que es lo único que no conozco de la playa —dijo emocionada.

—¿Le avisamos a Pamela?

—No. Vamos las dos nomás.

Volvimos a la terraza y Macarena entró a la piscina. Flotaba en el agua sin alterar su vaivén, integrándose al paisaje como si le perteneciera. Ella era la pieza fundamental de un cuadro confuso que se cincelaba en mi mente.

La parte alta del cerro se había convertido en un basural. Cuando llegamos, los Briceño estaban sentados en un par de sillas viejas. Nos explicaron que solamente podían bajar las botellas vacías si estaban seguros de que no se encontrarían con nadie al regresar. Era eso o pagarle al único vigilante que aceptaba coimas. Yo tenía miedo de emborracharme, pero Macarena tomó un vaso de ron y no me quedó más que seguirla. Después sacó un cigarro y empezó a fumar. El mayor de los Briceño cogió una piedra y la tiró a la playa contigua. La perdimos de vista en el aire. El juego, nos dijo, consistía en intentar golpear a alguno de los veraneantes que se acercaba a la orilla. Eran piedras insignificantes que no llegaban a su destino. Aquello constituía una declaración de principios antes que un ataque real. El menor de los Briceño se colgó del cuello de su hermano y ejecutó una llave de jujitsu. Los ojos alargados de Macarena brillaban por el ron. Cogí la roca más grande que encontré y la lancé a nuestro balneario sin éxito. A lo lejos la casa de Macarena se erigía como un bloque muerto. Ella se paró a mi lado, secó el vaso que tenía en la mano y me miró fijamente.

—Cuéntame algo —soltó.

—¿Algo como qué?

—Algo que nadie sepa.

Hablar de mí me hacía sentir incómoda. Prefería regodearme en los chismes, dejar escapar los secretos de otra persona. Pero con Macarena aquello no funcionaría, algo me arrastraba hacia ella, me volvía transparente. Tenerla cerca me llevaba a creer que podía contagiarme, ser mejor, más feliz. La posibilidad de que nuestra amistad no ocurriera me hacía sentir miserable.

—¿Algo que nadie sepa? De niña fui mentirosa compulsiva. Antes estaba en tu colegio. Me cambiaron a uno más pequeño. Uno que nadie conoce.

—¿Por qué mentías? —preguntó haciendo girar su vaso.

Yo solo quería mantener su atención. Firmar un contrato que no involucrara a nadie más. Le expliqué que inventaba historias sobre mi padre y las contaba en el colegio mientras él se encontraba internado en una casa de reposo. Tal vez porque en mi imaginación podía construirle la vida que en realidad merecía. Macarena me contempló con tristeza y

luego levantó su vaso. Sequé el ron de un sorbo y empecé a toser. El mayor de los Briceño se nos acercó e interrogó a Macarena. Quería saber cómo era el DF, si era hincha del América o del Necaxa, si era cierto que la voz en español latino de Homero Simpson pertenecía a un mexicano. Descendimos del cerro cuando encendieron los faroles de nuestra playa. Macarena miró su celular y nos invitó a seguirla. Nos dijo que la visitarían unas amigas del colegio que veraneaban cerca. «Los alcanzo, voy a donde mis tíos un rato. No puedo desaparecer tanto tiempo», mentí. Nadie en su colegio se acordaba de mí, pero cada vez que me topaba con alguna amiga de Pamela me invadía la paranoia.

Cuando llegué a casa, mi familia jugaba a los naipes. Las cartas de mi madre se revelaban en el espejo largo del comedor. Me senté a mirar la partida, sin ganas de nada. Del otro lado de la mampara alcanzaba a distinguir las luces encendidas en la terraza de Macarena. Creía escuchar la música de esa fiesta ajena y la carcajada escandalosa de Pamela. Yo nunca hablaba de papá. Lo recordé trepado en un banco, rescatando una cometa enredada en un árbol de paltas. Tenía hojas en la chompa y en el pelo. Me dije que aquello sería lo siguiente que le contaría a Macarena. Me convencí de que ella también me contaría sus secretos más tristes. La imaginé llorando en la torre del salvavidas, con los pies descolgados a cinco metros de la arena mientras hablaba de su vida. Me fui a dormir cuando me aseguré de que la reunión había terminado. Los Briceño y Pamela atravesaron la berma central haciendo bromas, cinco chicas subieron a una camioneta color plata. La casa de Macarena se apagó por completo uniéndose a la oscuridad de la playa.

Busqué a Macarena ni bien desperté. La encontré mirando televisión con los pies sobre la mesita de la sala. Vestía un pijama celeste estampado con nubes. Me senté junto a ella y le pregunté qué quería hacer. «Laura se ha quedado a dormir. Después de que la recojan, vemos», musitó. Su amiga apareció al pie de la escalera sujetándose el cabello. Examiné sus facciones y las contrasté con las pocas imágenes que conservaba de mi paso por aquel colegio. Nariz cuadrada, cejas pobladas, mentón partido. Laura me saludó con un beso tranquilizador. Ella tampoco me recordaba; me observaba con ojos limpios. Les pregunté por la reunión. Me contaron que uno de los Briceño había saltado a la piscina en calzoncillos. Que Pamela gritó tan fuerte que acabó con la fiesta.

—No entiendo por qué Pamela te cae tan bien —enfaticó Macarena.

—A mí, normal. Me cae normal —dije nerviosa.

—Si te hubieras quedado en el colegio, no pararías con ella. Te apuesto.

Sentí que mi rostro se deformaba. Laura me examinó con curiosidad.

—¿Has estado en nuestra promoción? ¿En qué salones? Con razón tu cara me suena.

—Primero B, Segundo A —respondí con la mirada puesta en el piso.

Laura no dijo nada. Miró a Macarena, cogió el control remoto y cambió de canal. Dejó una comedia que habían visto juntas. Primero en el cine del Jockey Plaza y luego en una pijamada. Bastó con oírlas para notar que su cercanía era real. Tenían apodos, utilizaban su propia jerga. Se reían de cosas que no entendía. Enfurecí. Inventé un pretexto y me largué. Robé un poco de ron del minibar de mi tía y lo mezclé con Coca Cola. Preparé dos botellas, trepé a mi bicicleta y regresé por Macarena. La encontré sola, hojeando un encarte del periódico. Tenía las uñas pintadas de verde. Me pidió que la acompañara a fumar. Destapé la gaseosa y la acerqué a su nariz. Macarena sonrió, guardó el cigarro y trepó a su bicicleta.

Cuando llegamos a la cima del cerro, ya habíamos bebido la mitad de las botellas. Nos acomodamos en las sillas de los Briceño mientras el sol freía nuestros cerebros.

—¿Se puede llegar a la otra playa? —preguntó Macarena.

—¿Ves ese desnivel que parece un camino? Diego Briceño se rompió el pie intentando bajar. Tuvimos que cargarlo hasta el tópico y mentir. Dijimos que se cayó patinando.

—Diego Briceño... Yo creo que le gustas.

—¿Yo? Imposible.

—Es obvio. Me di cuenta ayer que estuvimos aquí. Aparte, ¿por qué no le gustarías?

—Lo dudo mucho. Además, Pamela se muere por él —dije y tomé otro sorbo largo de ron.

—¿Qué pasó entre Pamela y Diego?

Macarena enterró su botella vacía y empezó a beber de la mía.

—Nada. Solo le gusta.

—Confía en mí —ordenó mirándome fijo.

Sus palabras me inyectaron una fuerza extraña. Ofrecí la cabeza de Pamela en una bandeja y le conté a Macarena que acosaba a Diego desde que teníamos once. Lo seguía a la cancha de fútbol. Le escribía cartas que él nunca respondía. Incluso se le había declarado en medio de una fogata.

—Nadie puede obligar a nadie. La verdad, no me sorprende que no le guste. Lo que me sorprende es que sea tu pata. Ayer la invité por ti...

Quiero regresar, tengo nauseas —dijo sujetándome el brazo. Borracha su acento se marcaba aún más.

Ingresamos a la casa de Macarena por la puerta falsa. Serví un vaso de agua y la acompañé a su dormitorio. Abrí las ventanas y rocié perfume por todo el lugar. Ella se recostó en la cama y me pidió mi teléfono. «Confía en mí, por favor». Le entregué el celular sin chistar. Algo en ella me desarmaba. La escuché teclear y presionar Send. Cuando me devolvió el teléfono lo guardé sin mirar. Esperé a que se durmiera y me fui. Pedaleé hasta la parte más alejada del malecón, allí donde nuestra playa se cortaba de golpe por uno de los cerros. Me senté sobre el muro que me separaba de la arena y saqué mi celular del bolsillo. Pamela me había llamado diez veces. Revisé desesperada la carpeta de mensajes enviados y encontré el que Macarena había escrito en nuestro nombre:

Pamela, ya no quiero ser tu amiga .

Borré el mensaje y me llené de una felicidad enfermiza. En la arena, cerca de la orilla, un montón de niños rodeaba a un nuevo pelícano moribundo. Las aves siempre elegían el mismo lugar, el área donde ya no quedaban sombrillas y las olas reventaban contra un grupo de farallones. Algunos niños intentaban reanimar al pelícano acariciándolo con una rama, otros hacían preguntas. El salvavidas levantaba los brazos y miraba al cielo. Una niña contemplaba al animal, buscando sus ojos. Trepé a mi bicicleta y enrumbé a toda velocidad sin saber a dónde ir. No vería a Pamela el resto del verano, Macarena me había elegido. Solo tenía que pedalear un poco más.

Martín

Martín tocaba el bajo. Vivía muy cerca del colegio y los viernes iba a buscarme. Esperaba en la esquina apoyado contra una camioneta plomiza de llantas desinfladas. Ni bien me veía alzaba la mano y caminábamos uno detrás del otro hasta llegar a la avenida. Desde el embarazo de Claudia Gómez, el guachimán del colegio no dejaba que ningún chico se acercara a la hora de la salida. «Joven, no puede estar acá», decía avergonzado, a la par que mostraba su garrote, montando un *show* para sor Trinidad que vigilaba desde una de las ventanas de su panóptico. Martín y yo fuimos enamorados durante un mes. Nos besábamos recostados en su cama de plaza y media escuchando Pearl Jam. De cuando en cuando, yo abría los ojos y contemplaba los posters de su habitación. El rostro de Eddie Vedder a blanco y negro acompañado de la inscripción «*Yeah oh, I am still alive, Yeah oh, I am still alive*». Permanecíamos allí hasta que la madre de Martín regresaba de la oficina; mis visitas nunca duraban más de dos horas. El portón del edificio tenía una sirena que chillaba cada vez que ingresaba un auto. Apenas la escuchábamos, corríamos al sofá de la sala. Martín afinaba su bajo mientras yo le pedía alguna canción. Cuando tocaba presionaba los labios y se le marcaba el mentón partido. Aquel era mi momento favorito. Reíamos y conversábamos. Martín sabía los datos más rebuscados de cualquier banda. Me hablaba de productores y de cómo las boybands surgían de un *casting* muy parecido al de modelaje. Después caminábamos a casa de Romina. Me dejaba allí y se iba a ensayar. Unas cuadras antes de llegar a donde mi amiga, se quitaba el instrumento del hombro y me empujaba contra la pared escarchada de un terreno baldío. «Alguien nos va a ver», le decía quitando sus manos de mis caderas. «Ya», respondía con los ojos inyectados y las palmas sudorosas. Martín terminó conmigo justo en aquel lugar. Sin cambiar el tono de voz y con la mirada fija en la punta de sus zapatillas. «Creo que mejor nos va como amigos», sentenció apurando el paso. Se lo conté a Romina esa misma tarde. «Va a arrepentirse», dijo tomando un sorbo largo de gaseosa. «Ni idea», solté y saqué una de las revistas que guardaba en el cajón de su mesa de noche. No nos interesaban los grupos o actores adolescentes que desfilaban en las portadas; saltábamos de inmediato a la sección Amor y Sexualidad y devorábamos, entre burlas, esa media página de fondo rosa llamada «El confesionario». Abrí la revista y empecé a leer apelando al poder sanador de las desgracias ajenas. Sin embargo, la única pregunta que me preocupaba giraba en mi cabeza como un tornado fuera de control.

¿Qué tengo de malo? (Macarena, 15).

Martín apareció en la kermesse del colegio un par de semanas después de nuestra ruptura. Atravesó la cancha de básquet mirando el piso; llevaba el pelo muy corto y vestía una camisa de franela. Se detuvo a mi lado y preguntó por el concierto de fin de fiesta. Romina le explicó que desde el embarazo de Claudia Gómez sor Trinidad había enloquecido por completo y había decidido cancelarlo. No le bastaba con convertir a los profesores en celadores de chalecos fosforescentes listos para anotar en un cuaderno rojo los nombres de las alumnas que besaban a

sus novios. «Qué cagada. ¿No prefieren hacer otra cosa? Braulio está en la puerta». No había mucho que pensar, en cuestión de minutos nos encontrábamos en el parque. Martín y yo nos tumbamos sobre el pasto a pesar del olor a pesticida que alejaba a niños y adultos, mientras Romina y Braulio se balanceaban en un par de columpios oxidados. Esa tarde no nos besamos, simplemente nos dedicamos a beber el vodka barato que Martín había vertido en un tomatodo. «He descargado un bootleg del concierto de Pearl Jam en Barcelona. Se demoró tres días. Podemos escucharlo el viernes», dijo tomándome la mano. Asentí feliz, sin entender a qué se refería. Cerré los ojos y me dejé llevar por el pulgar de Martín que rascaba el interior de mi mano. No necesitaba más certezas.

La única vez que vi a Claudia Gómez después de su expulsión fue mientras caminaba para encontrarme con Martín. La observé desparramarse en el asiento trasero de un auto verde estacionado a unos metros del colegio. Parecía otra, los ojos muy abiertos, el rostro contraído por el espanto. Sentí que algo me ahorcaba desde dentro al verla retorciéndose para esconderse de mí. Su embarazo la había convertido en un elemento tóxico del que solo se hablaba en grupos reducidos dentro del colegio. Según mis amigas darían al bebé en adopción, pero eso no sucedía en Lima; en el mejor de los casos el niño se criaría como su hermano. Martín levantó las cejas al verme pasar junto al auto de Claudia. Esperaba apoyado contra la camioneta plomiza y llevaba al hombro aquella mochila llena de pines musicales que lo convertían en una pandereta humana. Cuando estábamos lo suficientemente lejos del colegio, cargó mi mochila y me sujetó la cintura. Martín nunca me veía a los ojos cuando le contaba historias de mi familia o del colegio. Su mirada solamente se encendía si hablábamos de música; éramos dos chicos adorando a un mismo dios traducido en acordes y letras. La magia no estaba en mí. Incluso cuando me besaba, la magia estaba en otra parte.

Martín cerró la puerta de su habitación y encendió la computadora. Tenía parlantes, woofer y su propio modem. Descargaba música sin ningún tipo de restricción, aunque le tardara días. En casa, la computadora se ubicaba en el estudio familiar y cerca de las ocho de la noche mi madre me obligaba a apagarla. Al regresar del colegio, me sentaba frente a la pantalla y leía hasta el hartazgo una página web que alojaba las transcripciones de los capítulos de *Roswell*. Recreaba esas escenas que se estrenarían en Perú con varios meses de retraso. Luego las imprimía y las guardaba en el cajón de mi cómoda. Allí descansaban las transcripciones de los episodios de la primera y segunda temporada. Mi cajón funcionaba como un búnker analógico por si la página desaparecía de internet. Un refugio inaugurado un par de años antes para protegerme de aquel supuesto error informático que amenazó con apagar todas las computadoras con la llegada del 2000. «Hoy mi vieja viene más tarde», dijo Martín regulando el volumen de los parlantes. Después me llevó hasta su cama. El concierto empezaba con la voz de Eddie Vedder dando la bienvenida en español rudimentario. Nos besamos apenas sonó la primera canción. Después de unos minutos él estaba sobre mí, presionándome con su cuerpo, besándome el cuello y

acariciándome por debajo de la blusa. Rodamos hasta el extremo de la cama que colindaba con la pared. Mi espalda golpeó el cemento frío y me paralicé. Cuando abrí los ojos me enfrenté a mi respiración acelerada, a mi abdomen descubierto, a mi ombligo demasiado profundo, a las débiles estrías que se empezaban a marcar mis caderas. Pensé en Claudia Gómez consumida en el asiento trasero de aquel auto verde. Luego la imaginé como protagonista de todos los chismes que habían circulado en la promoción. Ella, desnuda, dentro de una carpa translúcida que exponía su cuerpo y permitía que un grupo de adolescentes la viese desde la playa mientras tenía sexo con su enamorado. Ella, en el sillón de una casa ajena, la blusa abierta y la falda escocesa levantada. Por un segundo envidé a Claudia. Quitarse la ropa enfrente de otro requería de una confianza que yo no tenía. Recordé los chatrooms adolescentes que visité durante ese verano. Tuve cibernovios de México, Argentina y Honduras. Les enviaba fotos de las amigas de Sergio. Las conversaciones derivaban en cuánto me deseaban y en qué haríamos si me tuviesen en frente. Aquello no me molestaba, se trataba una ficción donde nadie me tocaba, donde no podían verme. Lo hacía por entretenimiento, para tratar de entender qué había detrás del sexo. De pronto, un gemido escapó de las entrañas de Martín. Me besaba con los párpados tan presionados que se le marcaba una vena en la frente. Todo era distinto sin la aparición salvavidas de su madre. No volví a cerrar los ojos, me concentré en el protector de pantalla de su computadora que, del otro lado del cuarto, mostraba un par de delfines siguiendo a un crucero. «Ya es tarde», dije acomodándome la ropa. «Espera, ¿qué tienes que hacer? ¿A qué hora? ¿No puedes quedarte un rato más?». Las preguntas de Martín se convirtieron en un enjambre del que me libré azotando la puerta. Aquella fue la última tarde que visité su casa. Esperé unos minutos fuera del edificio, pero Martín nunca salió a buscarme. Trepé al primer taxi destartado que pasó por la calle. Ni siquiera me fijé en el rostro del conductor. Según Romina los taxis más seguros eran conducidos por ancianos o tenían un rosario colgando del retrovisor.

Al llegar a casa, me encerré en el estudio y encendí la computadora. Puse música a todo volumen, aunque a lo lejos podía escuchar a Ruth hablando con mi madre. «Sí, sí. Dice que la ha traído la mamá de Romina». Claudia estaba conectada a Messenger utilizando el alias de siempre. Su nombre en altibajas, custodiado por dos mariposas, congelado en el tiempo en que era solamente una chica. Quise hablarle y me arrepentí de inmediato, yo no sería más que un recordatorio de su desgracia. Cuando estaba a punto de salir, las palabras de Martín se desplegaron en la pantalla: «*Sorry*» y un largo silencio que me golpeó el estómago. «*Esto ha sido un error*». Entonces, lo recordé antes de que fuera mi enamorado. Era verano y llevaba *shorts* de skater. Esperaba junto a su ex en la boletería del cine. Martín sonreía, la miraba directo a los ojos, le acariciaba el pelo y, de cuando en cuando, le besaba el cachete. Bastaba con verlo, para él ella era música. Yo solo representaba el tiempo muerto entre una canción y otra. «*Todo bien*», tecleé y me llené de una rabia desconocida. Abrí la carpeta de fotos dispuesta a erradicarlo de mi computadora. La primera imagen que apareció fue la de mi hermano sujetando a una chica de la cintura.

Estaban en una fiesta y ella sonreía con una cerveza entre los dedos. Lo siguió una foto de Martín; en el auditorio de su colegio, prendido del bajo con los ojos totalmente cerrados. No pude borrarla, era lo único que me quedaba. Después se desplegó la imagen de una mujer desnuda. Sergio la había descargado de internet. Tenía decenas en la carpeta donde guardaba los trabajos de su universidad. Mujeres sin ropa, de tetas grandes y pestañas postizas. Mujeres sin vergüenza, orgullosas de sus cuerpos. Martín no tenía la culpa. Yo nunca sería como ellas. La rabia se acrecentó y supe enseguida que solo se calmaría atacando el problema. «¿Qué tengo de malo?» (Macarena, 15). «¿Qué tengo de malo?» (Macarena, 15). «¿Qué tengo de malo?» (Macarena, 15). Sin pensarlo, lancé un puñetazo contra mi pierna. Un dolor punzante irradió todo el muslo. Repetí el golpe hasta que mis nudillos se adormecieron y mis músculos no paraban de contraerse. Después me puse a llorar.

Las palabras

Los «te quiero» de mi madre se materializaban en trazos sobre una hoja de papel. Las monjas me entregaban sus palabras en un sobre sellado durante el retiro espiritual al que nos llevaban una vez al año. Nos internábamos en una casona de Cieneguilla durante tres días. Hablábamos de Dios, rezábamos a la Virgen, cantábamos canciones sobre católicos tocados por la gracia. Nos daban comida que no debía gustarnos. Guisos insípidos que nos recordaran el lugar que el privilegio ocupaba en nuestras vidas. En cuanto a las cartas, el pedido era sencillo; nuestros padres debían escribirnos unas líneas contándonos algo de sí mismos que no supiéramos y que nos acercara más a ellos. Los mensajes se leían el último día del retiro mientras el jefe de pastoral tocaba guitarra. Podíamos elegir cualquier parte del jardín para leer las cartas. A mi madre le costaba muchísimo escribirlas. Se notaba la tensión en su rostro cuando recibía la circular con las instrucciones. La semana previa al retiro, el basurero junto a su escritorio se llenaba de mensajes fallidos. Nunca intenté leerlos. Lo sentía como una traición. Ella hablaba solamente cuando tenía algo que decir. Hablaba sobre hechos concretos, no divagaba. Pero, sobre todo, decía su verdad. No me maquillaba la vida. Según mi psicóloga lo hacía para protegerme, para que esté lista a enfrentar el peor escenario posible. En sus cartas me contaba anécdotas superficiales de cuando era niña. Hablaba de cuando le reventó la ceja a una de mis tías de un empujón. De cómo las niñas de su colegio la llamaban monja de claustro debido a su timidez. Hacia el final de la hoja estampaba su firma después de decirme que me quería. En casa, los sentimientos se daban por sentado. Yo sabía que mi madre me quería. Nos pagaba el colegio, la ropa, la comida, las diversiones. Sin embargo, sus cartas eran insuficientes. Yo quería conocerla. Entender quién era más allá de nosotros. Saber si me convertiría en ella. «Tienes las mismas muecas de Marita. Tienes su misma risa», decían sus amigas cada vez que iban a casa. Mi madre tenía los ojos verdes y la piel muy blanca, yo era una suerte de remedo barato. Poseía sus gestos, pero no sus facciones.

La carta de mi madre cambió de tono el año en que se volvió a casar. Fue la última que recibí. La monja me entregó un sobre blanco de bordes rojos que tenía un avión dibujado junto a la inscripción «*via air mail*». Mi madre los utilizaba para separar dinero. Los guardaba en el cajón de su mesa de noche y en cada uno colocaba montos distintos. La compra semanal, el sueldo de Ruth, las mensualidades de los colegios y la universidad. Me acomodé en una banca de madera ubicada frente a un juego del sapo que servía como letrina para las palomas y lo abrí. Su caligrafía se constituía a partir de trazos largos y fáciles de leer. Tenía una identidad que la mía jamás poseería. Quizá se trataba de un reflejo de su personalidad. Decía mi abuela que desde chica era así. Que cuando mamá ya era novia de mi papá y peleaban, ella se recluía en su cuarto hasta que él aparecía rogando, sea de quien fuera la culpa. A mi madre le dolían las palabras. A pesar de su silencio y practicidad, las palabras eran navajas que siempre encontraban sus puntos más frágiles.

La letra de mi madre ocupaba poco más de dos páginas. Por primera vez su caligrafía perfecta venía acompañada de borrones. Se notaba que había llenado las hojas de un tirón. En la primera línea anunciaba que se casaría con Ramiro. Después me pedía perdón. Decía que su vida había tomado un giro inesperado. Que lo que más quería era que Sergio y yo creyéramos para ser adultos felices. Que se lo pedía a Dios cada mañana. Después del divorcio, mi madre encontró en la iglesia un refugio. Formaba parte de un grupo de oración al que asistía todos los lunes, miércoles y viernes al volver de la oficina. Llevaba una Biblia y un cuaderno en un morral pequeño. La misma que me acompañaba a cada retiro. A medida que avanzaba la lectura, los trazos de mi madre se volvían más enérgicos, casi rasgaban el papel. La imaginé presionando el lapicero sentada en la mesa de la cocina, escribiendo una verdad que viajaba por su sangre hasta convertirse en tinta. Después de las disculpas, advertía que hablaría de 1993, el peor año de su vida y también de las nuestras, aunque no lo recordáramos. Contaba que no sabía cómo controlar a Sergio. Que una mañana pelearon y Sergio le gritó que la odiaba y que quería irse con mi padre, luego tiró la puerta de su dormitorio con tanta fuerza que desencajó la madera. Mi madre, herida por las palabras de mi hermano, cogió el teléfono y se comunicó con la casa de reposo donde estaba internado papá. Concertó una cita para que mi hermano fuera a verlo. Mamá quería darle una lección, debilitar el poder sanador de la memoria. Corregir el olvido benevolente asociado a mi padre. Así que llamó al chofer de mi abuelo y embarcó a Sergio en el auto. Se arrepintió apenas lo dejó ir. Las dos horas que mi hermano estuvo fuera de casa, mi madre sintió que se le partía el pecho. Se asomó a mi habitación sin decir nada y me vio tumbada en el piso prendida de una familia de juguete. Yo reía, fingía voces, acostaba al bebé en una cuna plástica. Mamá se dijo a sí misma que debíamos mudarnos. Que una vez que el fracaso se instala se vuelve un inquilino moroso. Pensó en los ojos de mi padre desorbitados y vacíos por el tratamiento. Se preguntó en qué peldaño de los doce pasos se encontraría. No sintió pena por él. Mi padre, con sus malas decisiones y su falta de temperamento, se había cargado esa vida que nos incluía y que ella recreaba cada mañana sin querer. Lo que más recordaba eran sus palabras: la promesa de que se curaría y los insultos que lanzaba al aire. Mamá cerró la puerta de su dormitorio y llamó al centro de rehabilitación para que prohibieran el ingreso de mi hermano. Un exadicto atendió el teléfono. Le respondía con monosílabos. A lo lejos, oía la narración de un partido de fútbol. Tiró el auricular. Sacó la Biblia de su morral y se acostó en la cama. Leyó su pasaje favorito una y otra vez. Cuando Sergio volvió a casa no dijo nada. Cogió su pelota de fútbol y empezó a patearla contra la pared del patio. Mamá se acercó llorando. Le pidió disculpas. Sergio le dijo sobándose la nariz que no había visto a mi padre. Él no había accedido, se lo había dicho un hombre flaco que no paraba de fumar. Mamá respiró aliviada, miró al cielo y lo abrazó. Esa misma tarde teníamos una fiesta infantil en el club. Se trataba del cumpleaños del hijo de una compañera de oficina de mi madre. Habían contratado a un mago y separado la cancha de fútbol para los niños más grandes. Ni bien llegamos, Sergio se colocó los chimpunes y entró a la cancha. Mamá me acomodó en la primera fila del espectáculo de

magia y señaló la mesa donde se instalaría con sus amigas. El mago llamó a un niño del público y anunció que le cortaría el brazo para después unirlo con pegamento. Aparecí al lado de mi madre en cuestión de segundos, aterrorizada. Le pedí volver a casa porque el mago me asustaba. Ella trató de persuadirme para que volviera al *show*. Sus amigas se miraban entre ellas sin hablar. Mamá conocía esos silencios cómplices. Nuestra familia debía ser el tema de conversación ni bien se volteaba. Mamá me llevó de la mano a donde estaba el mago. Presionaba mis dedos sin medir sus fuerzas. Se acomodó en el tapiz sobre el jardín, junto a mí, y me aseguró que no pasaría nada, pero cuando la cuchilla rozó el brazo del niño, chillé como si el acero me estuviese cortando los huesos. Le dije a mamá que ya no la quería, le increpé por hacerme sufrir a propósito. Me paré y empecé a caminar hacia un tobogán. Cuando ella se levantó a seguirme, los gritos de Sergio alcanzaron sus oídos. Mi madre giró la cabeza y vio a mi hermano acostado en el césped cubriéndose la cara con los brazos a la par que descargaba patadas. Corrió a la cancha. Al llegar, el esposo de una de sus amigas sostenía a Sergio en el aire. Mamá me llamó con una seña, le habló a Sergio y abandonamos el club. Ya en casa, el ojo de mi hermano apenas se abría por la hinchazón. Mi madre le colocó una bolsa de hielo mientras Sergio le explicaba detalles de la pelea. Mamá no lo escuchaba, no tenía las fuerzas. Cuando se aseguró que ambos dormíamos, llamó por teléfono a la abuela. Necesitaba irse. No lidiar con nosotros. Éramos una mezcla incontable de sus aciertos y errores. Le pidió a la abuela que fuera a cuidarnos. Pasó frente a la iglesia, pero no quería hablar de sus culpas. Así que terminó en el cine, sentada en la primera fila de una función donde la película transcurría como telón de fondo. Allí, rodeada de sombra, sus lágrimas caían imperceptibles, libres como un riachuelo escondido. Mamá dejó la sala apenas encendieron las luces. Al llegar a casa despidió a la abuela y se internó en su habitación. Se quedó dormida con la Biblia entre los brazos. Lo primero que vio al abrir los ojos fue mi mano sosteniendo una paloma moldeada con cerámica en frío. Poseía una cabeza deforme, las alas azules y una gorra amarilla. A lo largo del tiempo, yo había llenado su mesa de noche de animales que aparentaban ser cualquier cosa menos lo que debían representar. Sergio apareció repentinamente, aún con el ojo hinchado, sostuvo el pájaro entre los dedos y lo asesinó cerrando el puño. Cuando abrió la mano ya no quedaba nada. Mi madre volvió a esculpir una paloma y la colocó junto al resto de animales. El zoológico se quebraba, se componía y se volvía a quebrar para adquirir una nueva forma. Ese era su ciclo natural.

Levanté la mirada y encontré a mis compañeras desperdigadas por el jardín. Romina se balanceaba en una hamaca vieja. Algunas chicas del salón se limpiaban las lágrimas, otras empezaban a escribir las respuestas para sus padres apoyándose en sus rodillas o en la pared. Yo no tenía lápiz o papel, jamás respondía las cartas. Mi madre hablaba tan poco que nunca supe si esperaba algo. Tampoco sabía cómo elegir aquel momento especial del que hablaban las monjas. En las últimas líneas, ella se volvía a disculpar. Decía que lo tenía todo más claro con respecto a mi hermano, porque era sencillo en sus convicciones. Que a veces temía por mí y quería endurecerme. Le asustaba que no ingresara

a la universidad y me pedía que estudie más. Decía que al verme se encontraba a ella de niña: tímida y callada, pero que también veía en mí la poca tolerancia al fracaso que destruyó a mi padre. Finalmente, que como ya se había quedado sin palabras, tomaría prestadas las del *Libro de Rut* :

No insistas en que te deje o que deje de seguirte; porque adonde tú vayas, yo iré, y donde tú mores, moraré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu dios mi dios. Donde tú mueras, allí moriré, y allí seré sepultada. Así haga el Señor conmigo, y aún peor, si algo, excepto la muerte, nos separa .

Después su firma:

Te quiere ,

Tu mamá

Cuando terminé de leer el papel mis manos temblaban. Imaginé a mi madre pronunciando esas palabras. ¿Cerraría los ojos? ¿Se marcarían sus hoyuelos? Corrí al salón en búsqueda de mi mochila mientras el jefe de pastoral tocaba una canción de Mercedes Sosa. Saqué la biblia del bolsillo pequeño y ubiqué los versículos. Aquel pasaje era el más subrayado del libro. Tenía marcas de épocas distintas. Supe enseguida que aquel fue el fragmento que leyó ese día de 1993. Decidí que no le devolvería la Biblia, que la convertiría en un amuleto. Mi hermano y yo estábamos contenidos en esas palabras que no podía decirnos a la cara. Mi madre era un libro cerrado, pero nosotros latíamos dentro con toda su fuerza. Arranqué una hoja de mi cuaderno y dibujé una paloma mutante. La recordaba a la perfección. «*Te quiero mamá* », escribí, segura de que le entregaría la carta.



MARÍA JOSÉ CARO. Nació en Lima en 1985. Es Comunicadora social por la Universidad de Lima y máster en comunicología por la Universidad Complutense de Madrid. Publicó el libro de cuentos *La primaria* (2012) y la novela *Perro de ojos negros* (2016). Ha colaborado en revistas literarias como *Buensalvaje* y *Vicio absurdo* . También ha participado de la antología *Palo y Astilla: Padres e hijos en el cuento peruano* (2009). En el 2017 el *Hay Festival* la seleccionó dentro de los 39 mejores escritores de ficción menores de 40 años de América Latina.

